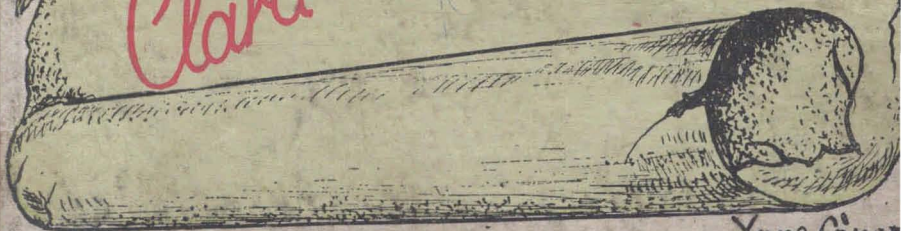


Por los  
prados del alma



Clara Saravia Linares



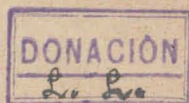
Yone Cáner

A la más alta cumbre de la literatura  
americana

Maria Parronig Simares

POR LOS PRADOS DEL ALMA

CLARA SARAVIA LINARES



# POR LOS PRADOS DEL ALMA

LIBRO DE LECTURA PARA GRADOS SUPERIORES  
ADOPTADO POR EL CONSEJO DE EDUCACIÓN  
DE LA PROVINCIA DE SALTA



BUENOS AIRES  
CABAUT Y C.<sup>ia</sup> — EDITORES  
"LIBRERÍA DEL COLEGIO"  
ALSINA Y BOLÍVAR  
1935

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

30 - 30



---

*Derechos reservados*

## PRÓLOGO

*Lo mismo que la tierra fértil y nueva, bendecida por las lluvias y los soles, atrae al sembrador, así el alma fresca y blanda de la juventud atrae al educador y lo convida a modelar en ella el ideal risueño de las generaciones del mañana.*

*Este libro no pretende ser otra cosa que una semilla arrojada con amor y con fe sobre esa tierra nueva, un grano que, rodando por los prados del alma, logre penetrar en los surcos abiertos y convertirse alguna vez en espiga luminosa de bien y de verdad.*

*Con el criterio de que un libro de lectura escolar, más que directamente instructivo, debe ser ameno, moralizador y amable; un verdadero amigo del niño, hasta el punto de que éste vaya hacia él no por obligación sino por simpatía, he tratado de seguir en él un proceso de íntima penetración moral, de realizar una especie de conquista paulatina y secreta del alma infantil.*

*Así, por medio de estas líneas, quiero convencer a nuestros pequeños de que la escuela no es una casa fría y sin alma donde se siente la abrumadora nostal-*

gia de los rincones familiares, sino un nuevo hogar grande y alegre de muchos hermanos y de muchas madres; que las ciencias no son "materias" fastidiosas que deben ingerirse a disgusto y tan sólo para obtener una buena nota, sino fuentes de insospechados atractivos: que la Historia no es más que un cuento verídico un poco más largo y mucho más hermoso que los que se leen con deleite en las páginas de cualquier libro de Calleja; que la Geografía es un viaje fantástico por toda la tierra y que la Química es una alquimia más maravillosa que la de muchos magos y genios de las leyendas.

Y, sobre todo, que es fácil y es hermoso ser buenos; que la vida es bella y que la infancia es la belleza de la vida; que la misión sagrada de la niñez y de la juventud es ser consuelo, alegría, bondad, pureza y esperanza . . .

Ese es el ideal de estas páginas, al caer, como semilla silenciosa, por los surcos abiertos de los prados del alma.

Salta, Septiembre de 1934.

# ÍNDICE

---

	PÁG.
<i>Prólogo</i>	IX
I. Retorno	1
II. Al abrirse la Escuela	4
III. Una composición de Marta	7
IV. Hacia la luz	9
V. El comienzo de una bella historia	12
VI. La Naturaleza	15
VII. Cómo despierta un jardín	18
VIII. ¡Tierra mía...!	20
IX. La visión del mañana	22
X. Las segundas madres	24
XI. Un paso cada día	28
XII. Un viaje fantástico	31
XIII. Lluvia de otoño	34
XIV. Antes de que el otoño le cortara las alas	36
XV. Una infidelidad	39
XVI. Como las estrellas o como las flores	42
XVII. El dolor de los demás	45
XVIII. Las glorias pasadas	47
XIX. Bruma...	49
XX. ¡Papá...!	50
XXI. ¡Cantemos a la vida!	54
XXII. Las horas plenas	56
XXIII. Salta	58
XXIV. ¡Madre mía...!	60
XXV. Como un ramo de fresas	62
XXVI. ¡Qué lindo es perdonar!	64
XXVII. El hogar	68
XXVIII. La viejecita y el hada	70
XXIX. La generosidad en el vivir	73
XXX. Caminos	75

	PÁG.
XXXI. Invierno...	78
XXXII. La vida.	79
XXXIII. Vigor y alegría	81
XXXIV. Espinas en la senda	83
XXXV. Riqueza verdadera.	85
XXXVI. Buenos Aires	88
XXXVII. Vacaciones de invierno	90
XXXVIII. Barrio pobre	92
XXIX. Los obreros del mundo	94
XL. La luna.	96
XLI. Mientras pasan los soldados...	98
XLII. Tucumán	100
XLIII. Ojos que se abren	102
XLIV. Apreciemos lo bueno	104
XLV. Vidas oscuras y rosas blancas	106
XLVI. Sombras y luz	109
XLVII. Dios es para todos	111
XLVIII. Nuestro amigo el sol	114
XLIX. Es fácil ser buenos	116
L. ¿Qué dicen las cosas?	119
LI. Visiones de ayer	122
LII. Vida.	124
LIII. Jujuy	126
LIV. Lluvia de azahares	128
LV. Nuestro amigo el árbol	130
LVI. La historia de un jardín	132
LVII. Córdoba.	135
LVIII. Un premio bien merecido	137
LIX. Las fiestas del milagro	139
LX. El Señor del Milagro restañará tu herida	143
LXI. Cómo se forman las almas	145
LXII. ¡Con flores a María...!	148
LXIII. El que siembra, recoge	150
LXIV. Temores, esperanzas y alegrías	152
LXV. El último día	154
LXVI. Como las golondrinas	156
LXVII. La Escuela vacía	158



# I

## RETORNO

El tren corría veloz entre una doble banda de flores amarillas y blancas que contrastaban con el lejano azul de las montañas.

Dos niñas de doce a trece años, hermanas y de notable parecido, miraban en silencio el rápido desfile de los paisajes campesinos. Sus rostros frescos y saludables, tostados por el sol, denotaban a las claras que regresaban después de haber pasado unas vacaciones tonificantes, pródigas en aire puro, en paseos a plena luz, en baños fríos bajo los torrentes, en leche sabrosa y fresca y fruta sazónada de los campos.

Pero mientras los ojos verdes y expresivos de Marta revelaban alegría, los de su hermana se velaban con un dejo de descontento y de pesar.

—¿Qué tienes, Lucía? —preguntó Marta—. ¿Por qué vas con esa cara de desagrado?

—Pienso —contestó Lucía estirándose con pereza— que pronto tenemos que volver a la Escuela. ¡Y son tan lindas las vacaciones!

—Pero no podemos pasar todo el año en el campo. A ti misma no te agradaría.

—¿Por qué? A mí me parecería espléndido.

—Porque pronto, cuando llegue el Otoño, ya no estará tan lindo como al principio del Verano. Los árboles perderán sus hojas; el jardín no tendrá flores; los días serán frescos; ya no podríamos ir a bañarnos al río ni hacer excursiones tan agradables. ¿Y en Invierno? ¿Qué haríamos en el campo en esas tardes húmedas y frías?

—Tienes razón. La ciudad es mejor en esta época, pero estaríamos más contentas sin ir a la Escuela. ¿No te parece?

—No lo creo —observó Marta con seriedad—; yo me aburriría mucho.

—¿Cómo! ¿Te aburrirías de pasar todo el día jugando?

—Es que no tendríamos con quién jugar. Todas nuestras amiguitas van a la Escuela.

—Pero suponte —agregó Lucía con calor— que nadie fuera a la Escuela...

—¿Qué harían todos los niños entonces? —repuso Marta—. ¿No crees que sería algo cansador pasar las horas corriendo y saltando?

—Es que no sólo así se juega. Podríamos juntarnos a leer; contarnos cosas interesantes; hacer concursos; jugar a las fiestas; declamar, cantar...

—Es más o menos lo que hacemos en la Escue-

la ¿no ves? Y lo hacemos mejor y con provecho.

—Tienes razón . . . —murmuró Lucía con un poco de asombro—. Y ¿por qué, entonces, a tantos niños no les gusta la Escuela?

—Porque no piensan. Creen que la Escuela es un lugar de aburrimiento y de tristeza y no que es la casa grande y alegre de tantos niños juntos; que allí se aprende siempre cosas interesantes y nuevas y que, además, se canta, se juega, se ríe, se está contento. Yo conservo recuerdos encantadores de mi vida escolar . . .

Los padres de Marta y Lucía, desde un asiento próximo, escuchaban sonriendo la conversación de las niñas. A las últimas palabras de Marta, la miraron cariñosamente haciéndole un signo de aprobación. Estaban satisfechos de su hija, que era siempre de las mejores en la Escuela y se hallaba dotada de una inteligencia poco común y un corazón noble y generoso. Su hermana no tardaría en seguir el buen ejemplo.

El tren iba dejando atrás la campiña florida y los suburbios de la ciudad se aproximaban. Las alegres vacaciones espiraban ya, pero una vida más intensa, más laboriosa e interesante comenzaba; una vida llena de nuevos misterios que descubrir y de nuevos horizontes que contemplar y que avanzaba pletórica de promesas y esperanzas.

## II

### AL ABRIRSE LA ESCUELA

Una Escuela que abre sus puertas para iniciar de nuevo las tareas, es como una inmensa pajarera en la que penetraran en bandada centenares de pájaros.

¡Cuántos niños! Desde los pequeñitos que apenas saben decir su nombre, hasta los mayores, que, a las puertas de la juventud, ya no vienen a ella más que por un año, después del cual se separarán para siempre de este segundo hogar de su niñez, de sus años más blancos y más bellos.

¡Cuántos niños! Unos ricos, bien vestidos, que llegan en lujosos automóviles; otros pobrecitos, con los trajes más modestos y más viejos, pero con el corazón tan contento como los primeros, porque todos son iguales en su florida y adorable inocencia, en su alegría sana, en su tranquila ignorancia de la vida. Muchos hay que vienen de otras tierras y tienen en su hablar el tono peculiar de la región nativa y que, añorando tal vez otras Escuelas y otros compañeros, se

sienten tímidos y están esperando una palabra de estímulo o de afecto.

Marta y Lucía han entrado a quinto grado. Después de formar fila en una amplia galería, los alumnos y alumnas han pasado en orden a ocupar sus bancos. El aula es grande, alegre, llena de luz y tiene sobre sus paredes blancas multitud de figuras interesantes. Las dos hermanas recuerdan con un poco de nostalgia, sin embargo, sus bancos de cuarto grado, junto a la ventana casi siempre abierta, sobre la que se balanceaban ramas de madre selva.

Hay treinta y ocho alumnos: veinte niñas y diez y ocho varones. Marta y Lucía comprueban con alegría que casi todos son los mismos del año anterior, pues apenas hay una media docena de caras nuevas.

¡Primer día de clase! ¡Cuántas esperanzas! ¡Cuántos nobles ideales aleteando gozosamente dentro de tantas almas en flor! ¡Cuánto entusiasmo sano palpitando dentro del corazón como la mejor promesa del éxito!

Nada se ha empezado todavía. Las libretas en blanco . . . ¿Se llenarán de notas sobresalientes? Los cuadernos intactos . . . ¿Podrán mantenerse hasta el fin sin una tacha, sin un borrón, sin una observación reprobativa de la maestra? Los libros aún cerrados . . . ¿Qué contendrán? ¿Serán difíciles de aprender los misterios de ciencia que esconden bajo sus tapas verdes, coloradas, azules . . . ?

¡Empezar . . . ! ¡Qué palabra tan dulce, tan llena de ilusión y de vida! Tener todo un camino por delante y dentro, en el corazón, la fuerza, la pujanza, la juventud! Si los niños supieran lo que darían muchos hombres por volver a comenzar de nuevo, cómo valorarían ese minuto exquisito en que sus ojos se posan ávidamente sobre la primera página de un libro!

### III

## UNA COMPOSICIÓN DE MARTA

En medio de un religioso silencio, los niños escriben bajo la mirada vigilante de la maestra. Es la hora de composición y los alumnos tienen tema libre. Lucía, que no es de las más avezadas, se queda a ratos pensativa, con el cabo de la lapicera entre los labios; pero Marta, en cuya cabecita privilegiada siempre revolotean los pensamientos bellos, escribe casi sin interrupción.

“Estoy de nuevo en la Escuela” —dice su composición— “después de unas hermosas vacaciones que han pasado como un sueño. Hoy es tercer día de clase. Pero yo no sé qué hay en la clase y en la Escuela que me hace mirar las cosas todavía de distinto modo. Me parece que soy aún una visita en este banco y en este grado. Parece que el alma verdadera de la Escuela se despertara recién después de algunas semanas de labor, cuando el interés común de la tarea empezada nos mantiene unidos a todos en una misma idea; cuando el recuerdo de las dificultades

“vencidas el día antes nos trae el día siguiente con  
“una nueva ilusión; cuando el pizarrón deja de ser,  
“como es ahora todavía, una gran plancha negra y  
“muda y lo vemos animarse al compás de nuestro pen-  
“samiento, en el blanco y negro de las cifras y las le-  
“tras, los análisis y los problemas; cuando la emoción  
“de la lección sabida nos hace saltar casi del banco,  
“nos trae a los labios la palabra precisa y puebla nues-  
“tra mente de pensamientos nuevos; cuando nos lle-  
“gan de los otros grados los ecos de lecciones dichas  
“en coro, acompasadas y rítmicas como los martilla-  
“zos de una fábrica y se tiene esa sensación de labor  
“ordenada e intensa que no se advierte en los primeros  
“días. Es entonces cuando la Escuela recobra su alma,  
“su gran alma laboriosa y valiente de la que nosotros  
“somos una pequeña parte; es entonces, recién, quan-  
“do el ritmo grande de su vida toma todo su vigor y  
“su vuelo, para comunicarse a tantos niños buenos,  
“ávidos de ser el orgullo de sus hogares y más tarde  
“el orgullo de su Patria!”



## IV

### HACIA LA LUZ

Una noche de Otoño, tibia todavía, como si el dulce Estío no quisiera marcharse del todo, estaban Marta y Lucía repasando juntas la lección de Gramática. Su madre, sentada en una mecedora junto a la ventana, miraba con satisfacción aquellas dos cabecitas cubiertas de rizos castaños, que tanto se parecían y que le eran tan queridas.

La luz de la lámpara formaba sobre la mesa un redondel de claridad, y una ronda de bichitos de luz danzaba zumbando sobre los haces luminosos.

Uno de ellos cayó sobre el libro en que estudiaban las dos hermanas. Lucía lo apartó con impaciencia.

—¿Por qué vendrán estos bichos molestos adonde estamos nosotras? —protestó.

—Es que buscan la luz —explicó sonriendo la madre.

—Y ¿por qué la buscan, mamá?

—Porque la luz es vida, Lucía. Todo, en el mundo físico y sensible, busca siempre la luz. Así como el

insecto vuela hacia donde hay un rayo de claridad, así también las plantas estiran sus tallos buscando el sol y los pájaros se regocijan cuando llega la aurora, y se adormecen entristecidos cuando cae la noche. La luz, que es hija del sol, es la que da a las flores su colorido magnífico, estimula y alegra a los animales y da al hombre energía, confianza y entusiasmo. Las plantas que crecen sin sol, son descoloridas y raquíticas y las aguas que permanecen en las sombras son casi siempre malsanas e infestadas. El sol y la luz, embellecen, purifican, alegran; por eso todo lo que en la naturaleza brota, crece, vuela, se dirige siempre hacia arriba, hacia la luz.

Ese pequeño insecto —prosiguió la madre— que ha interrumpido tu lección, nos ha dado ocasión de meditar una lección más alta. Todo busca la luz; nosotros también debemos buscarla; pero no sólo la luz sensible que sirve para vigorizar el cuerpo, sino la luz interior, la que proviene de una conciencia sin mancha, más clara y luminosa que el sol.

La luz de los corazones, viene también de lo alto, de más alto que el sol y que los astros, porque viene de Dios. Hacia Él debemos dirigirnos todos, alzándonos como flores del barro de la tierra, en busca de nuestro Sol único e inmortal. Así nuestra vida será noble y bella y nuestro camino por la tierra nos parecerá fácil y venturoso. El mal se recata siempre en el misterio de las sombras y las acciones que avergüen-

zan y denigran sólo medran en la oscuridad de las conciencias malignas. Queridas hijitas mías: levantad, pues, a lo alto vuestras miradas y vuestros corazones y creced junto a mí como dos lirios, en busca de la luz que nunca muere . . . !

## EL COMIENZO DE UNA BELLA HISTORIA

—Hoy vamos a jugar a los cuentos —dijo alegremente la maestra, después de contestar a sus alumnos el saludo matinal.

—¡Qué lindo, señorita! —exclamaron los niños con entusiasmo.

—Este es un cuento muy largo; tan largo, que lo estaré contando todo el año. Pero estoy segura de que cada día os gustará más.

Los alumnos se acomodaron en sus bancos e hicieron un gran silencio.

—Es algo que ha ocurrido hace muchos años; y tiene aún mayor mérito para nosotros, porque ha ocurrido en nuestra tierra. Es decir, que es un cuento verídico. Mejor dicho, una historia. ¿Os gustan las historias?

—¡Sí, señorita! —dijeron todos.

—Vamos a ver . . . ¿Y qué es una historia?

—Es la narración de cosas que han sucedido —contestó Luis.

—De modo que si yo os cuento todo lo que hice ayer en casa, ¿vais a oír una historia?

—No, señorita —dijo Marta—. Tiene que ser algún hecho importante.

—Ya estáis más cerca de la definición —dijo la maestra—. En efecto; historia es la narración ordenada de hechos verdaderos e importantes. El caso es que yo tengo para vosotros una historia. En ella desfilarán largas series de personajes; unos llenos de bondad y de abnegación, otros cegados por funestos rencores; jóvenes valerosos que se lanzaban a la conquista sin temor y sin duda; mujeres heroicas que sabían sacrificarse por un noble ideal. Escucharéis pasajes violentos y dolorosos, teñidos con la sangre de los que supieron ser mártires de la libertad; otros capítulos tendrán el glorioso sabor de las victorias. Penetraremos en la intimidad de las costumbres viejas; visitaremos ciudades de hace muchos siglos. Veremos desplegarse ante nosotros la fantasía de los antiguos atavíos y conoceremos el encanto de las tradiciones de antaño. No dejaremos escapar secreto alguno e indagaremos los papeles y los documentos que escribieron los grandes hombres; leeremos sus cartas; escucharemos sus conversaciones y estaremos presentes en sus conferencias secretas. Seremos pues depositarios, no de un cuento baladí, que no es más que una bonita fantasía; ni de la historia de un solo hombre, sino de la de todos los hombres que fueron grandes y supieron enno-

blecer su vida y hacer gloriosas y perdurables sus huellas. Conoceremos, en suma, la historia de una cosa que es más grande que los hombres, puesto que millares de hombres murieron por ella. ¿Quién es, niños?

—¡La Patria! —contestaron todos con entusiasmo.

—¿Y creéis que os gustará este "cuento largo", como yo le he llamado, esta historia conmovedora de las cosas que fueron, mil veces más palpitante y viva que la historia de lo que nunca fué?

—Sí, sí, señorita.

—Entonces, escuchen: Yo también empezaré como los libros: Había una vez . . .

## VI

### LA NATURALEZA

¡Otoño! ¡Estación dorada de las hojas muertas!  
¡Lento despojarse de la Naturaleza de todas sus galas de perfume y color! ¡Cómo se despinta el paisaje y se empaña el verdor agreste de las serranías!

Los niños de la Escuela han salido de paseo. Sus delantales blancos forman dos filas como de azucenas que caminan. Al llegar al Parque, la maestra se detiene.

—Vamos a buscar un sitio cómodo y agradable para descansar —les dice.

Los niños hacen rueda y se sientan. El cielo está muy azul, pero el sol, un sol pálido de Abril, calienta apenas. Por sobre las cabezas rubias y morenas los árboles perennes, que conservan sus hojas todo el año, levantan la pompa de su follaje, mientras los otros, al capricho del viento, van dejando caer sus últimas galas, alfombrando de oro las avenidas silenciosas.

—¡Qué tristes se ponen las plantas en Otoño!  
—suspira Lucía.

—¡Es cierto! —exclama Susana—. Y en Primavera todo es tan hermoso!

—En Otoño e Invierno —dice filosóficamente la maestra— es cuando más apreciamos la exuberancia de las otras estaciones y el esplendor de la Naturaleza. Viéndola marchita, tenemos nostalgia de aquellas ramas y aquellas flores que antes abundaron a nuestro paso y que tal vez entonces estropeamos con manos inconscientes. A veces, al encontrarnos ante la magnificencia de un paisaje de Estío, la abundancia, el vigor, la lozanía de la Naturaleza, nos hace pensar que su florecimiento es eterno, que nada es capaz de abatir la soberbia belleza de un bosque en flor, de una quebrada recamada de helechos y enredaderas, de un cerro enmarañado de zarzas perfumadas y silvestres. Y no nos es nada quebrar una rama, deshojar una flor y pisar al descuido una plantita tierna del sendero. Pero cuando vemos que toda esta robusta floración, llegada su hora, palidece y muere, comprendemos hasta qué punto es la Naturaleza una cosa viva y sensible. Si llegados los cierzos del mes de Julio, encontráramos en el jardín como por milagro, recién abierta una rosa, en medio de todos los rosales sin flor, ¡con qué amor y celoso cuidado nos llegaríamos a ella, y la contemplaríamos encantados, como un regalo del cielo...!

Amemos la Naturaleza, niños. Ella es realmente un regalo del cielo. Pensemos qué triste sería la vida



en un perpetuo invierno, como será triste y desolada en los desiertos, en los que la vista se pierde sobre un manto de arena sin árboles ni flor.

Las bellezas naturales refrescan el alma y le ponen un bálsamo de serenidad y de alegría. Apreciemos y cuidemos esas vidas sensibles y delicadas, lo mismo en los parques de las ciudades que en las praderas de los campos, en los jardines de las casas ricas, como en los tiestos multiformes y humildes de las casitas pobres, en las flores exóticas y costosas de los invernáculos, como en las pequeñas florecillas sin nombre que nacen ignoradas al borde del camino.

## VII

### CÓMO DESPIERTA UN JARDÍN

Al regresar de su paseo matinal, los niños ocuparon de nuevo sus bancos. Faltaba sólo media hora para la salida.

—Queridos niños —dijo la maestra—. Hemos venido hablando de flores, de jardines, de Primavera, y no os he hablado de una Primavera mucho más hermosa que la de los campos y de unas flores que valen infinitamente más que las de los jardines.

—¿Cuáles, señorita?

—Las flores que Dios ha puesto a mi cuidado. Vosotros, mis alumnos. La Primavera a que me refería es la de las almas que recién se abren a la existencia y se hallan en esa época venturosa de iniciación y de vigor.

Los niños sonrieron halagados y la maestra continuó diciendo:

Como despierta un jardín bajo el cielo triunfal de Primavera, levantando hacia el sol la gloria de sus capullos, así despiertan a la vida vuestras almas jóve-

nes, sedientas de luz y llenas de frescura. Estoy, por consiguiente, cuando ocupo mi cátedra ante vosotros, como ante un vergel florido y estudio en vuestros corazones, como estudia el jardinero el cáliz de cada flor.

Sé que todos sois buenos; que tenéis la mejor voluntad de seguir por el camino recto, sencillo y hermoso que nos conduce a Dios.

En este templo bendito en que se van moldeando vuestras almas, es fácil y venturoso el vuelo del espíritu a su Creador. El vendaval del mundo sopla lejos, muy lejos, y aquí, en torno vuestro, todo es paz, inocencia, dulzura y bendición.

No dudo que también hay espinas en vuestro camino; que la severidad, útil a veces en un alma joven, puede pareceros dura y que la rutina del estudio puede cansaros alguna vez y pesar sobre la ligereza de vuestras alas de mariposa; pero también en los jardines hay espinas y, sobre el tallo flexible de las rosas, bien sabemos que hay garfios punzadores . . .

No os desaniméis por eso, pequeñas flores de mi huerto. La juventud es la edad de todas las valentías. Sed en todo momento, como las flores; lirios en la inocencia, rosas en la caridad, siempre vivas en la constancia, en la humildad, suaves violetas escondidas. Así seréis el orgullo de mi cosecha de maestra y Dios bendecirá desde los cielos este ramillete de almas que despiertan, como despierta un jardín.

## VIII

### ¡TIERRA MÍA . . . !

Porque estás toda dentro de mi vida  
y eres el alma misma de mi alma,  
porque eres hecha de piedad y calma  
y estás entre tus sierras escondida,  
tierra mía, te quiero . . .

Por tus recias montañas, pedestales  
que elevaron mis sueños a la altura,  
por esa fe de siglos, que fulgura  
en la faz de tus templos señoriales,  
tierra mía, te quiero . . .

Por tus tapias cubiertas al acaso  
con ramazones de áspera fragancia,  
por esas viejas calles de la infancia  
que ya saben mi nombre, cuando paso,  
tierra mía, te quiero . . .

Por esas transparencias de tus cielos,  
por esas tardes tuyas que suspiran,  
por esas casas donde aún respiran  
las almas blancas de los bisabuelos,  
tierra mía, te quiero . . .

Por tus gentes que son todas hermanas  
en una grande y patriarcal familia,  
por tu vida de paz, que se concilia  
con el suave vibrar de las campanas,  
tierra mía, te quiero . . .

Valle natal, divina serranía,  
rincón del mundo que es mi mundo entero,  
¡me es tan dulce decirte, tierra mía,  
tierra mía, te quiero . . . !

## IX

### LA VISIÓN DEL MAÑANA

Ha dicho un poeta cuya lírica musa deleita los corazones juveniles: "Cuando planté rosales, coseché siempre rosas . . ."

Es una profunda verdad. El fácil milagro que cumple la madre tierra todas las primaveras, el milagro de cubrir de rosas todos los canteros y todos los tiestos en que hubiera una raíz de rosal, ese prodigio de la Naturaleza material se cumple también en el campo moral, en el largo camino de la existencia humana.

Sin embargo, vivimos olvidados de que nuestros días futuros serán el resultado de nuestras horas presentes. Pensamos, sin duda, en el porvenir y nuestra juventud soñadora lo puebla de visiones de color de rosa, pero no nos detenemos a pensar que hoy, en esta hora, en este minuto, estamos tejiendo con nuestras propias obras ese divino sueño del futuro y que de estas obras depende que sea feliz o desgraciado.

Es verdad que la vida tiene sorpresas dolorosas y que, muchas veces, almas buenas y abnegadas se ven

rudamente probadas por el dolor. Nos preguntamos entonces: ¿Dónde están las rosas que esa alma sembró? Porque no comprendemos los tesoros de paz, de resignación y de consuelo que pueden esconderse en un corazón que sufre, cuando lo asiste la divina gracia. En estos casos, las rosas que buscamos están dentro del alma.

Pero las más de las veces, ha probado la experiencia que todo el bien que vamos sembrando por la vida lo recogemos más tarde en felicidad, en éxitos y en bendiciones. Desde hoy resolvamos ser esos decididos y valerosos jardineros que, sembrando rosas de virtud y de mérito en nuestra juventud, las recojamos a manos llenas cuando nos llegue la hora de la paz, del reposo y del recuerdo.

## X

### LAS SEGUNDAS MADRES

Hoy la Escuela ha sido sacudida por un golpe doloroso. Una niña de sexto grado, que había sido alumna el año anterior de la maestra de Marta y Lucía, ha sufrido un grave accidente. El hecho sucedió en un gimnasio al que van muchas niñas por las tardes a recrearse o hacer ejercicio. Uno de los columpios estaba en mal estado y, a pesar de que un cartelito colgado a un costado advertía el peligro, la imprudente niña, viendo los demás columpios ocupados, se subió sobre él. Como no advirtió nada anormal, empezó a balancearse con fuerza y una de las cuerdas se cortó arrojándola violentamente contra un banco del gimnasio.

Tiene dos heridas graves en la cabeza y está bastante mal. Es una niña pobre a quien las maestras socorrían y la de quinto grado especialmente, pues vive cerca de su casa.

Hoy la maestra no ha ido a clase y la vicedirectora se ha hecho cargo del grado.



—Niños —ha dicho al entrar—, vuestra señorita no vendrá hoy. Acabo de estar con ella junto al lecho de esa pobre criatura y estaba tan afligida y preocupada que la exhorté a que se quedara allí, donde sus cuidados inteligentes y afectuosos son insustituibles.

Hay algunos alumnos —continuó la vice— que no saben apreciar lo que es en realidad la maestra. La miran como a un ser mecánico, como a un libro que habla. No piensan que la maestra es, ante todo, una mujer; es decir, un alma que siente, que goza, que sufre, que vibra ante las emociones puras y nobles de la vida. ¡Qué pocos son los niños que comprenden que esa valerosa mujer a quien ven siempre de pie, como si nada la abatiera, conoce la fatiga, el desaliento, la amargura; que esos ojos cuya retina está poblada de cifras y de letras, saben también llorar ante el dolor ajeno o propio, o iluminarse de ventura en las horas de esperanza! ¡Cuántas veces la ingratitud o la incompreensión de sus alumnos se le clava en el corazón como una espina! ¡Cuántas otras, después de una jornada abrumadora, vuelve a su hogar extenuada, sin ánimo siquiera para recrearse un rato como justa compensación de sus trabajos!

Si pensarais en esto, queridos niños, comprenderíais mejor el daño que le hacéis con vuestra desatención e indisciplina; cómo duplicáis, o multiplicáis más bien su tarea, de suyo tan delicada y ardua. Recordad que

vuestra maestra es como una segunda madre que tiene a su cargo, no a dos o tres niños, sino a veinte o treinta, sin recibir siquiera la compensación de su cariño, pues para la mayor parte de ellos, pasará después como una sombra lejana. Su única recompensa espiritual, es ver vuestro aprovechamiento y vuestra afectuosa solicitud por ella.

Amad y respetad a las maestras, niños. Pertenecen a esa falange de mujeres valientes que, sobreponiéndose a la debilidad y delicadeza de su sexo, se han lanzado a la lucha del trabajo, eligiendo al mismo tiempo el que las hace más mujeres, porque las hace madres de centenares de niños. Para ellas no hay frío, ni calor, ni fatiga, ni desencanto. Siempre de pie, como soldados, al son de la campana que es la voz del deber. Creed que yo misma, no había pensado tan a lo vivo en estas cosas, sino al ver a vuestra señorita inclinada sobre el lecho de una niña moribunda, con los ojos arrasados de llanto y el rostro estragado por el insomnio. Entonces he comprendido hasta qué punto son mujeres sensibles y delicadas estas heroicas jóvenes, que, para ocupar su puesto ante vosotros, ponen cada día sobre su alma el uniforme de la serenidad y el estoicismo, y están ante sus niños siempre con igual vitalidad, con igual gesto, con igual energía, lo mismo si les canta que si les solloza el corazón!

Hubo un corto silencio. Luego, Marta se levantó con un ramo de violetas.

—Señorita —dijo con los ojos húmedos—, estas flores había traído yo para mi maestra, como todos los días. Pero, aunque siempre se las ofrecía con cariño, nunca había llegado a comprender lo que hoy sus palabras nos han hecho comprender a todos. Yo se las ofrezco a usted en nombre de mis compañeros, como un homenaje de los niños a las que saben ser con tanto sacrificio y cariño nuestras segundas madres.

## XI

### UN PASO CADA DÍA

Una mañana, acercándose el fin del mes, la maestra pidió a las niñas sus labores para el día siguiente. Marta, que tiene la suya adelantada y muy bien hecha, no se afligió, pero Lucía volvió a su casa suspirando.

—¿Qué haré, Marta? —preguntó a su hermana—. He dejado pasar el tiempo y mi labor está tan atrasada, que la señorita tendrá razón para reprenderme.

—Yo te ayudaría, Lucía, pero no puedo —respondió Marta—. Tengo que acompañar a mamá a unas diligencias.

—Y . . . bueno. Coseré todo el día, dándome prisa. Tal vez consiga adelantar por lo menos la mitad.

A la mañana siguiente, Lucía llegó tarde a la Escuela a causa de su labor y todavía cansada de la tarea del día anterior. Al llegar el momento de presentar las costuras, la suya era de las peores. Por apresurarse, había hecho un trabajo improlijo y descuidado.

—¿Qué le ha pasado, Lucía? —dijo la maestra—. Usted solía ser prolija para coser.

—Señorita . . . es que, como me faltaba tanto, me apresuré y no pude hacerlo mejor.

—Eso sucede siempre que queremos hacer en pocas horas la obra de muchos días —dijo la maestra—. Y no sólo en estas pequeñas cosas materiales, sino en todas las cosas que emprendemos en el camino de la existencia.

Acostumbrémonos a pensar, niños, que poco a poco vamos marchando por la vida y realizando la gran obra de nuestra jornada. Así, jóvenes como sois, inexpertos escolares iniciados ayer en la existencia, tenéis, sin embargo, en el libro de vuestras horas vividas, muchas páginas escritas. En él está anotada vuestra primera infancia con todo el encantamiento de sus inocentes placeres y también con sus minutos de dolor y de lágrimas. En una palabra, habéis vivido, continuáis viviendo y viviréis muchos años aún. ¡Qué cosa grande y misteriosa es la vida! Y mientras marchamos por su largo camino, pensamos sin cesar que es preciso conquistar en ella toda la felicidad y todo el bien que es capaz de encerrar.

Pero al meditar en la gran obra de la perfección y de la dicha, nos sentimos pequeños y pensamos con cierto desaliento: No llegaremos nunca a la meta. Sólo las grandes almas privilegiadas han sabido levantarse a tanta altura.

La visión de la lucha nos abruma, porque miramos en conjunto los sacrificios y los esfuerzos que cuesta. Nunca debemos aspirar a realizar de golpe una gran obra. Contentémonos con hacer cada día un poco del trabajo que haya de consumir nuestro ideal y veremos cómo es de fácil y de amable así la vida, santificada por un noble anhelo y al mismo tiempo simplificada al alcance de nuestras propias fuerzas.

Nadie nos pide, por ahora, un heroísmo supremo, ni una inmolación continua, ni un esfuerzo sobrehumano. Sencillamente, tengamos cada uno un noble ideal que se eleve serenamente sobre nuestra vida y tratemos de llegar a él, no de un solo vuelo triunfal, sino poco a poco, paso a paso, con nuestro pequeño esfuerzo de cada día. Al despertarnos cada mañana y elevar a Dios nuestro corazón, nos preguntemos: ¿Qué haré hoy de bueno, de útil, para llegar al noble fin que he soñado? Y cumplida esa pequeña obra de cada día, nos quedemos tranquilos y dichosos, convencidos de que llegaremos a la cumbre y de que Dios, desde el cielo, bendice nuestro humilde esfuerzo y nuestra dorada esperanza.

## XII

### UN VIAJE FANTÁSTICO

Marta y Lucía tienen un viejo tío que ha viajado por casi todo el mundo. Ahora que el Otoño ha refrescado las noches, las dos hermanas suelen sentarse cerca de él en un abrigado rincón del comedor y lo abruman a preguntas sobre los lejanos países que ha visitado. Él les habla de la China, con sus pagodas y del Japón, con sus cerezos floridos; de Grecia, con sus históricas ruinas; de Italia, con sus admirables bellezas naturales y sus museos llenos de obras de arte; de España, tierra de sol y de cantares, y de la India, país de ritos y leyendas. Las niñas se quedarían horas enteras escuchándolo. Una noche le dijo Marta:

—¡Cómo me gustaría viajar como usted ha viajado, tío! ¡Debe ser tan hermoso!

—Es muy bello, sin duda. Cuando seáis grandes y recibáis vuestro diploma de maestras, os llevaré a dar una vueltita por esos mundos, si vuestros papás lo permiten.

Las niñas batieron palmas, encantadas.

—¡Qué lástima que falte tanto! —dijo Lucía.

—Sin embargo —replicó la mamá, interviniendo— vosotras también viajáis como vuestro tío, y bien lejos, por cierto.

Lo dijo sonriendo maliciosamente, mientras las niñas abrían tamaños ojos.

—¿No lo creéis? —continuó la mamá—. Ayer no más os escuchaba conversar en el jardín. Lucía hablaba de las costumbres de los malayos, de sus trajes, sus creencias . . .

—¡Ah . . . ! Lo sabemos por la Geografía —dijeron las niñas sonriendo.

—Ya lo sé —respondió la madre—. La Geografía es, precisamente, la que os hace viajar por todo el mundo y aun fuera de él. Asidas de ese librito misterioso, podéis, como en la alfombra mágica del príncipe Assán (1), trasladaros en un momento de un lugar a otro. Podéis subir hasta la órbita lejana de los astros y conocer los secretos de la luna. Podéis pasearos por las grandes capitales, recorrer sus parques, sus fábricas, visitar sus templos. Podéis, sobre el campo multicolor de cada mapa, poner vuestros deditos sonrosados y deciros, siguiendo el curso de los ríos y la dirección de las montañas: Aquí viven niños de cabellos rubios y de ojos azules, que hablan lenguas extrañas y visten trajes exóticos; más allá florecen plantas

---

(1) Personaje fantástico del cuento: *El príncipe y el hada*.



maravillosas que jamás hemos visto; éste es un pueblo de pescadores que viven a la orilla del mar y tienen sus casitas junto a las rocas que las olas azotan; este otro es un campamento de tiendas levantadas sobre la arena bajo los rayos ardorosos del sol.

Y todo esto, sentadas cómodamente frente a vuestra mesita de trabajo, sin las fatigas ni peripecias de los grandes viajes. ¿No es verdad que es muy lindo?

—Sí, mamá —dijo Marta—. A mí me encanta la Geografía.

—Y si la estudiáis con atención, cuando hagáis con vuestro tío el viaje prometido, hallaréis mucho más satisfacciones en ir conociendo lugares de los que ya tenéis noción y que os resultarán por ello más interesantes.

La madre, volviendo a su labor, dejó la palabra de nuevo al viejo tío. Y como aún faltaban algunos minutos para la hora de acostarse, las niñas siguieron escuchando hermosas narraciones de países de mar y de montañas, de obreros y de príncipes, de lagos y de selvas, de nieves y de sol . . .

## XIII

### LLUVIA DE OTOÑO

Esta mañana, los niños han sido sorprendidos por la algarabía de la lluvia. Cantaba sobre los tejados y sobre los vidrios su canción de agua cristalina. Y todavía, mientras entraban a la escuela, seguía cantando, azotándose el rostro y prendiéndoles en los cabellos guirnaldas de perlas húmedas.

¡Qué bullicio en la puerta de entrada! ¡Qué carcajadas por cada uno que llegaba, todo mojado y presuroso, con las mejillas y las manos salpicadas de gotas!

Pronto vendrán los primeros fríos. Esta lluvia juguetona es mensajera de las brisas heladas que se avecinan. La hemos recibido con risa y entusiasmo, pero no nos hemos detenido a pensar en aquéllos a quienes esta lluvia y aquellos fríos llevan un mensaje de desolación y de miseria. No nos hemos acordado de los niños que tienen que hacer muchas veces un largo recorrido con los pies desnudos; de los pobres, que no tienen en su hogar ni abrigo ni lecho.

Muchas veces pasamos por la vida junto al dolor ajeno, y pasamos sonriendo, sin comprenderlo. Y después, cualquier pequeña espina de nuestro plácido camino nos arranca palabras de protesta y lágrimas de descontento. ¡Ah! Si a menudo penetráramos con el pensamiento en el tugurio de los pobres, si asistiéramos con la imaginación a los lugares de sufrimiento donde padecen los enfermos y suspiran los huérfanos, si tuviéramos siempre ante la vista el supremo desgarramiento de todos los que lloran, cómo sabríamos apreciar los tesoros ignorados de nuestra vida de paz!

## XIV

### ANTES DE QUE EL OTOÑO LE CORTARA LAS ALAS...

La pobre niña que sufrió aquel accidente, murió ayer a la madrugada. Dicen que murió como un ángel y que su resignación y su paz fueron hasta el último instante un bálsamo para el terrible dolor de sus padres.

¡Cuántas veces una vida se ve segada en flor, sólo por una imprudencia fácil de evitar! Innumerables son los niños que han bajado a la tumba, ora por haber sido atropellados por un coche, ora por haber caído de un lugar peligroso, por jugar con armas de fuego, por echarse a nadar en una corriente demasiado profunda o caudalosa. Y otras veces, sin llegar a morir, quedan lisiados para siempre.

La vida es preciosa, pero frágil. Frágiles son también las fuerzas y la salud del hombre y ciegos los que no saben apreciarlas, acrecentando las primeras con una vida higiénica y sana y cuidando la segunda con

el prudente apartamiento de todo lo que pueda dañarla.

Los niños de la escuela, cumpliendo con un deber sagrado, han ido a acompañar los restos de la amiguita muerta y a elevar al cielo sus férvidas e inocentes plegarias por la joven alma que acaba de romper los lazos de la vida. La sala estaba embalsamada con el perfume de las flores que cubrían el féretro y muchas de sus compañeras de grado lloraban en silencio.

Por la tarde, bajo los rayos pálidos del poniente, ha sido llevada a pulso por sus condiscípulas hasta el cementerio. Una larga caravana de niñas, niños, maestras y amigos de la familia seguía en silencio bajo los grandes árboles de la avenida que conduce a la necrópolis. Al llegar al sitio donde su cuerpo debía descansar para siempre, Marta se adelantó y en medio de la atención y la emoción de todos, recitó con sentimiento las siguientes estrofas compuestas por la maestra:

Se nos fué en el otoño. Se marchó suavemente  
aquel lirio que apenas se acababa de abrir;  
y había tal destello de paz sobre su frente  
que parecía fácil, casi dulce morir.

Besos, lágrimas, flores y plegarias de niños  
la cubrieron temblando de dolor y de amor  
y la muerte buscaba los más suaves aliños,  
para parecer bella junto a tanto candor.

¡Qué vacío en la casa que llenó con su vida  
tan fresca, tan ardiente, tan bulliciosa ayer!  
Se marchitó muy pronto la rama aun no florida  
que con tanto desvelo mirábamos crecer.

Dios quiso en su ternura que tan sólo las galas  
de la existencia viera desde su ingenuidad,  
y antes de que el otoño le cortara las alas  
las desplegó en su vuelo para la eternidad . . . !

## XV

### UNA INFIDELIDAD

Todos los jueves, la señorita Directora dedica una hora de dictado para cada uno de los grados superiores. Los alumnos llevan para ello un cuaderno especial, en el que hacen una vez el dictado y, otra, una composición sobre sus impresiones de la Escuela, sus aventuras de clase y otros pormenores o circunstancias de su vida estudiantil. Van formando así una especie de diario en el que quedan grabados para siempre los días escolares. Hay alumnos de sexto grado que conservan el mismo cuaderno desde tercero o cuarto y han formado ya como un pequeño libro, lleno de encantadoras remembranzas.

Ayer, jueves, en la última hora de clase, los niños de quinto grado esperaban a la Directora para hacer el dictado, pero no llegaba. En un momento que la maestra tuvo que salir del aula, alguien hizo correr una voz: "La Directora no viene". En seguida se produjo una algarabía de gozo: "¡Pasaremos la hora sin hacer nada!" "¡Nos llevarán a jugar al gimnasio!"

Pero el alboroto tuvo que cesar de golpe ante la llegada de la maestra, que no tardó en enterarse de la causa de tal desorden.

—La señorita Directora está ocupada —dijo—, pero yo les haré el dictado. Preparen los cuadernos. Los niños obedecieron y la maestra dictó:

#### “UNA INFIDELIDAD

”Hoy hemos sido infieles con nuestra Directora, queriendo eximirnos de esta hora que tenemos dedicada a ti, querido cuaderno. ¿Qué dirás, pequeño diario amigo, de esta veleidad de nuestro inconstante corazón? Hemos querido cambiar este minuto de confianzas, de palabras buenas, casi de lirismo, por un instante de vagancia, de olvido; por un instante vacío, inútil . . .

”Pero ya estamos arrepentidos. Hemos sentido cuán liviano es el yugo de que quisimos librarnos. Ahora, bajo la palidez de la mañana otoñal, todos nos sentimos dichosos de nuestra condición de jóvenes y valerosos escolares. La pluma es ligera, el cuaderno es nuestro amigo y la dulce juventud que nos inicia en la vida de la labor y el pensamiento, nos hace fáciles y llevaderas todas las cargas . . .

”La media hora ha sonado ya. Ahora la maestra nos dicta y nosotros escribimos dócilmente, pensando en el buen reposo que nos espera dentro de pocos minutos. Pero no queremos marcharnos a nuestras casas



sin desagraviarte, buen cuaderno, por lo que te hemos ofendido.

”¡Oh, dulce pequeño libro de nuestras líneas tímidas de adolescentes! Nosotros te amamos, a pesar de que simbolizas la severidad del deber y la fatiga del estudio. Cuando pasen los años, cuando se atraviesen en nuestra senda las primeras espinas, cuando conozcamos la decepción y el desaliento, y el sueño de oro de los quince abriles no sea ya más que un recuerdo lejano, ¡cuánto daremos por tenerte otra vez entre las manos, por poder escribir sobre tus páginas blancas nuevas palabras de alegría y esperanza!”

## XVI

### COMO LAS ESTRELLAS O COMO LAS FLORES

En la clase de Marta y Lucía hay dos niñas de temperamento completamente opuesto. Susana es una chica de trece años, rubia, vivaz, algo aturdida. Es aplicada y buena, pero tiene un grave defecto: es desordenada. Todo lo pierde, lo destroza, lo ensucia. Sus libros y cuadernos están llenos de manchas. Escribe con descuido, haciendo una letra incomprensible. En cambio, María es el reverso de la medalla. No puede ver una cosa fuera de su sitio y jamás que pasa junto a un papel o una cáscara tirada en el suelo, deja de levantarlos. Sus útiles parecen acabados de comprar y su cuaderno es un modelo de prolijidad y aseo. Le encanta limpiar y arreglar el escritorio de la maestra, disponer con gracia las flores que las niñas le obsequian y dar a todas las cosas un aspecto amable y bello.

La maestra, que estudia continuamente el alma de

sus niñas y quiere que Susana adquiriera las cualidades de María, las hace trabajar juntas siempre que es posible.

En los primeros días de Mayo, María dejó de asistir a clase por estar algo enferma. Poco a poco, empezó a sentirse su ausencia en una infinidad de detalles. El florero del escritorio no brillaba como antes con esa transparencia de cristal finísimo. En el fondo de la clase aparecían de repente plumas viejas y pedazos de papel tirados y la maestra tenía que reprender y vigilar constantemente. Una mañana, al pasar junto al banco de Susana, vió una gran mancha de tinta en el suelo.

—¿Usted ha hecho eso, Susana? —preguntó con severidad.

—Sí, señorita. En un descuido . . .

—Mañana traerá de su casa algo con qué quitar esa mancha —prosiguió la maestra.

Mientras regresaba a su escritorio y Susana se sentaba confusa, se oyó un cuchicheo entre las niñas.

—¿Qué pasa? —interrogó la señorita.

—Señorita —respondió Susana con humildad—: me dicen que pregunte a María con qué puedo quitar esa mancha, porque otras veces que me pasó lo mismo, ella la limpió antes de que usted se diera cuenta.

—Observe, Susana —repuso la maestra— la diferencia entre usted y su compañera. Todos debéis imitarla, niños. María pasa por la vida dejando continua-

mente una huella de belleza. Donde pone las manos, ahí estamos seguros de encontrar orden, limpieza, gracia y armonía. Y es tan hermoso pasar así por la existencia, como una estrella que va dejando su brillo, o como una flor que va dejando su esencia . . . ! Acostumbraos a que vuestros libros, vuestros cuadernos, vuestros trabajos, todo lo que pase por vuestras manos quede con esa huella, con ese sello de belleza noble y pura que dan la prolijidad, el orden, la cultura. Así podrá decirse de vosotros, que pasáis por la vida y por las cosas como una estrella, como una flor, como un rayo de sol; como todo lo que embellece o idealiza las toscas asperezas del camino; como todo aquello que ha sido creado para ser alegría, consuelo, bendición de los hombres en su pasaje por la tierra!

## XVII

### EL DOLOR DE LOS DEMÁS

Las brisas se vuelven cada vez más frías y el paisaje de Otoño es ya un paisaje triste, descolorido, con esa palidez de matices que anuncia la proximidad del Invierno.

Ayer por la tarde, regresaba Lucía con su madre de una visita y ambas tenían el rostro amoratado por el viento frío y se levantaban el cuello de sus tapados en procura de calor.

En eso, Lucía oyó una vocecita lastimera que se exhalaba a su lado. Era un pobre niño de unos seis años escasos, que imploraba una limosna.

La madre de Lucía llevó su mano a la cartera para darle una moneda, pero, notando un movimiento extraño en su hija, se detuvo. Le pareció que la niña buscaba algo para dar al pobrecillo y no quiso dejar sin efecto la piadosa inspiración.

Lucía, entretanto, se desabrochó el saco y desató de su cuello una bonita y abrigada corbata de lana que ella misma había tejido en la Escuela el año anterior.

—¿Si se la diera, mamá? —dijo, consultando a su madre—. ¡Yo tengo otra, y el pobrecito está muerto de frío!

—De todo corazón, Lucía —contestó la madre con cariño y complacida por el noble impulso de su hija.

La niña atrajo hacia sí al pobre pequeñuelo y le ató al cuello la corbata, cubriendo con sus extremos el pecho desnudo y aterido del rapazuelo, que dió las gracias y se alejó lleno de alegría.

La madre y la hija continuaron su camino bajo la tarde gris y serena, mientras caían a sus pasos las últimas hojas de oro de los árboles.

Lucía sentía en su corazón una alegría dulcísima y se lo contó a su madre, apretándose más contra su brazo.

La señora sonrió y repuso acariciándole la frente:

—Es porque te acompaña la bendición de Dios, querida mía . . .

## XVIII

### LAS GLORIAS PASADAS

Todos los años, al acercarse el 25 de Mayo, la Escuela celebra una pequeña fiesta para honrar la fecha grande de la Patria.

La de este año ha sido encantadora. Un grupo de los niños y niñas más aplicados de los grados inferiores, ha cantado un bonito coro, llevando en las manos banderitas blancas y celestes; después, entre una salva de aplausos, han desfilado todos ante los cuadros de los próceres, colocados en sitios de honor en el proscenio y han ido dejando ante ellos ramilletes de flores.

Después de varios números de recitación y música, ha subido al tablado la alumna más aventajada de sexto grado y ha pronunciado con sencillez y emoción estas palabras que quedaron grabadas en el corazón de todos:

“Nuestra dulce Nación, la de la bandera pálida, celeste de ensueños, blanca de idealidad, de grandeza, de anhelos de paz, nuestra dulce Nación ha nacido

en Mayo, en el mes de las mañanas nubladas y los cielos con bruma . . .

”Nació de un grito de santa rebelión; nació de una explosión de mil corazones patrióticos que la proclamaron libre; nació allá en el año de los miriñaques y las blondas ondulantes, de las cabezas con rizos y los cuellos adornados de encajes.

”¡Qué dulce es la visión de nuestra Patria lejana, recién nacida, recién surgida con las sienes coronadas de laurel! ¡Qué dulce es la visión de antaño, de aquel Mayo inolvidable del siglo diez y nueve!

” . . . Y ahora, Mayo ha vuelto; ha vuelto con sus nieblas incipientes, ha vuelto con sus mañanas livianas de frescura y sus tardes con bruma. Ha vuelto para contemplar la patria que su sol creara e iluminara hace cien años en una aurora inmortal.

”Los hombres de aquel tiempo, padres de la Nación niña, suspiraban por la Patria futura; y esa Patria es la que hoy se levanta, honrada y embellecida por los buenos y agitada y combatida por los malos; es la tierra bendita y triunfal que está entre nuestras manos.

”¡Sí! El país está en nuestras manos; espera en nuestra juventud, cuenta con nuestro valor y nuestro patriotismo. ¡Ofrezcámosle, pues, con generosidad y con amor nuestras almas nacientes de niños argentinos!”



## XIX

### BRUMA . . .

La tierra es una anciana cansada y achacosa;  
están llenos de invierno sus miembros macilentos.  
La selva ha doblegado su espalda vigorosa  
debajo de los vientos . . .

¡Qué vieja está la tierra! Las rosas, ateridas,  
tienen surcos amargos en el rostro incoloro.  
Hasta han encanecido las largas avenidas,  
no con hilos de plata, sino con lampos de oro . . .

¡Qué vieja está la tierra! Por sobre la mantilla  
de escarcha, se descubre la calvicie del prado.  
El clavel ya no tiene color en la mejilla;  
está enfermo de anemia sobre su tiesto helado.

Y la hermosa montaña, cargada de despechos  
al ver que en lo implacable su belleza se esfuma,  
ha cambiado el encaje fino de los helechos  
por la cofia de nieve y el pañolón de bruma . . .

## XX

### ¡PAPÁ...!

El lunes pasado, día que tocaba composición, Marta y Lucía fueron un poco tristes a la Escuela. Su padre había sufrido algunos reveses en los negocios y las niñas habían notado, aun sin saber la causa, la preocupación que lo dominaba. Durante el almuerzo y la cena, había permanecido silencioso, sin bromear con ellas —como lo hacía otras veces— y sin preguntar siquiera por sus adelantos escolares. El buen corazón de las dos hermanas no podía permanecer indiferente ante el dolor de un ser a quien tanto amaban y por eso estaban pensativas y tristes en sus bancos.

Al llegar la hora de composición, la maestra, según su costumbre, colocó frente a la clase varias interesantes ilustraciones, para que los alumnos eligieran el tema. Pensaba que, dejándoles cierta libertad en la elección, pondrían más corazón y más calor en lo que escribieran.

Una de las láminas representaba el Invierno. En su fondo se elevaban montañas coronadas de nieve y un

camino triste y solitario se destacaba en el medio, bordeado de árboles desnudos que se elevaban hacia un cielo de plomo.

La segunda representaba a una anciana abuelita rodeada de sus nietos junto a la estufa, con la rubia cabeza del más pequeño reclinada sobre sus rodillas.

La tercera mostraba a un hombre de edad madura, con la frente inclinada sobre los libros, mientras una niña de pocos años lo abrazaba con cariño poniendo entre sus manos una flor.

Marta, que miraba con atención las láminas, levantó la mano y dijo:

—Señorita: ¿quiere que escribamos sobre la que representa al padre con su hija?

—Es muy linda —repuso la maestra—. ¿Qué piensan los demás?

—¡Sí, sí! —contestaron varios—. Es muy linda.

—Entonces —continuó la maestra— vamos a hablar un poco sobre ella, para que después escribáis vuestras impresiones en los cuadernos.

“Nuestro padre, queridos niños, a quien, como a nuestra madre, debemos la vida, es, lo mismo que ella, algo tan grande y tan sagrado, que cuando somos niños no sabemos comprenderlo.

”Ese ser que nos ama tanto como la madre, y que no puede sin embargo gozar como ella todo el día con la dulzura de nuestras caricias y nuestra compañía, porque la lucha continua de la vida lo lleva fuera del

hogar, es nuestro faro tutelar, nuestro sostén y nuestra sombra y por nosotros trabaja, se sacrifica y emplea toda la fuerza, toda la energía de los mejores años de su vida.

”En las horas más ásperas de la jornada, en los momentos más difíciles de la lucha, el recuerdo purísimo de sus hijos es el aliento supremo que lo impulsa. ¡Cuántas veces, cuando ya todo está perdido, cuando parece haberse derrumbado toda esperanza y está un hombre a las puertas de la desesperación, la adorada visión del hijo le comunica nuevas fuerzas y vuelve el campesino a empuñar su azada, y vuelve a abrir sus libros o a tomar su pluma el funcionario, y retorna a su yunque el herrero, a su barca el pescador o a su trinchera el soldado! ¡Ustedes no pueden comprender aún cuánta fortaleza, cuánta valentía, cuántos triunfos, cuántas acciones grandes e inolvidables han sido inspiradas por un pequeñuelo dormido en la cuna, por el recuerdo, por el amor de un hijo!

”Cómo debemos amar y honrar a ese ser de quien todo lo tenemos y para el cual somos la razón primera de la vida! ¡Cómo debiéramos procurar que, después de las fatigas de la jornada, el hogar sea para él un retiro dulcísimo de cariño y de paz!

”Una sonrisa nuestra, una buena acción, una clasificación distinguida lo compensan con creces de sus afanes y fatigas. ¡Y pensar que hay niños que le causan disgustos y amargas y que después de todo lo

que fuera de casa se sacrifica por ellos, le esperan en el hogar con el desengaño de su inconducta y de sus ingratitudes!”

Al volver a casa, Lucía y Marta, después de besar a su mamá, corrieron al escritorio del padre:

—¿Por qué estás triste, papá? —le preguntaron, abrazándolo.

—No estoy triste, hijitas —repuso él con cariño, pero con preocupación.

—Sí, papá. Estás triste por algo que nosotras no comprendemos ni sabemos, pero no te aflijas. ¡Nosotras te queremos tanto, tanto! Pediremos al buen Dios que lo arregle todo y nos portaremos tan bien, seremos tan buenas, que no tendrás más remedio que ser el más feliz de los papás.

Después de este discursito, las dos hermanas se fueron muy contentas a su pieza a disponerse para ir al comedor. Y a la hora del almuerzo tuvieron la alegría infinita de ver que su papá había recobrado el buen humor de sus mejores días.

## XXI

### ¡CANTEMOS A LA VIDA...!

Una mañana fría de Invierno, los alumnos de quinto grado se hallaban en clase de canto. Pero, tal vez por la triste apariencia del día lloviznoso, o porque algunos cuantos apáticos e indolentes habían contagiado a los demás, el canto no resultaba. El coro era flojo e indeciso y la nota se desmayaba en la garganta en vez de surgir lozana y llenar el aire con su alegre sonido.

La profesora exhortaba en vano a los niños.

Estaban desanimados. Ni marchas guerreras, ni canciones nativas, ni alegres rondas lograban despertar el entusiasmo. Por fin, cansada de luchar en vano, abandonó el teclado y se puso de pie frente a los niños.

—¿Quién diría —exclamó con asombro— que estoy ante un plantel de niños? ¡Niños que no cantan! Es como si dijera flores que no perfuman; sol que no alumbra. ¡No cantar en la infancia que es la edad de toda alegría, de todo bullicio, de todo entusiasmo! Esta media hora que pasamos junto al piano, niños,

no es como las otras, de trabajo, de concentración, de esfuerzo. Venimos a derramar en el aire nuestra juvenil alegría, a enviar al cielo por medio de la música, un mensaje melodioso de entusiasmo y belleza. Eso es la música y eso es el arte; una gran expansión del corazón hacia las nobles alturas de la belleza y del ideal.

¡Cantemos! Cantando olvidaremos por un rato la fatiga de los números y las letras, y nuestro espíritu volará convertido en canciones como si tuviera alas! Cantemos, como si no estuviéramos en la Escuela, como si fuéramos una gran bandada de alocados pajarillos, señores del espacio y estuviéramos de paso, ora en un bosque, ora en un jardín, o atravesando mares, o descubriendo selvas. Cantemos, que el arte es belleza noble y educadora de la vida y cantar es vivir, es reposar, es consolar, es alegrar. ¡Cantemos para mitigar los dolores y para ensalzar las grandezas; cantémosle al terruño en una vidala tierna, a la patria en un himno victorioso, a Dios en un hosanna triunfal!

Después, la profesora se sentó al piano y arrancó del blanco teclado un torrente de armonías. Luego se elevó al coro de los niños, no ya como al principio, sino vigoroso, alegre, emocionado, vibrante. Toda el alma cantarina de la infancia se fundió en las notas y se llenó la Escuela de música, de una música fresca que era vida y aliento, que era como un arrullo de juventud triunfante y bella . . .

## XXII

### LAS HORAS PLENAS

Debemos tener horror a las horas vacías sin utilidad para el espíritu y para el cuerpo, a las horas que pasan sin provecho dejando solamente tras de sí la inutilidad y el hastío.

Esas horas comen nuestra vida, arrebatan a nuestra gloriosa juventud su fecundidad, su poderío y su fuerza.

Vivamos plenamente sin desperdiciar nuestra existencia en cosas que nada valen. Al contrario, la empleemos en todo lo que es alto, noble, puro, generoso y bueno.

Cada mañana, al abrir nuestros ojos a la luz del día, recibimos de Dios un don inestimable. Ese don es el día que tenemos ante nosotros, mientras en nuestro ser, en nuestra salud, en nuestra inteligencia tenemos fuerzas suficientes para llenarlo, para utilizarlo, para hacer de él una grande, gloriosa jornada de trabajo, de virtud y de amor.

Cada hora de nuestra vida debe ser fecunda; en



pensamientos, en obras, en palabras, en cualquier forma. De tantos modos podemos hacernos útiles, buenos, generosos . . .

Esas horas que así pasan laboriosas dejando una estela de bien, son las horas plenas, las horas vividas, las horas que fructifican y que serán más tarde nuestro orgullo y nuestra corona . . .

El reposo, las recreaciones, los momentos de tranquilidad de nuestro espíritu no son ratos perdidos. Malgastar la vida es no acudir al trabajo en las horas que tengamos reglamentadas para él, es desperdiciar un buen pensamiento, una buena intención, es vivir sin ningún programa que oriente nuestros días haciéndolos útiles y proficuos, vivir sin un ideal que nos dignifique, que nos anime, que nos guíe.

Vivamos plenamente ahora que somos jóvenes y poseemos el futuro.

## XXIII

### SALTA

Salta es un risueño rincón de paz, dormido a la sombra secular de sus montañas. En su ciudad tranquila y hospitalaria se vive la amable vida familiar de antaño, fácil, simple, afectuosa, ennoblecida de tradición y encantadora de provinciana sencillez.

El progreso ha penetrado en ella sin atreverse a quitarle la poesía de sus recuerdos y de sus viejas reliquias coloniales. Aun se asoman a sus calles silenciosas rejas de cien años y portadas de dos siglos y, detrás de las tapias coronadas de flores, se adivinan antiguos patios pisoneados en los que sólo falta el aljibe de marras.

Tiene hermosos sitios de recreo, realizados por el marco siempre bello de sus paisajes naturales. El parque San Martín, con su lago de aguas tranquilas y su rosedal cargado de flores en primavera, es un paraje amable y poético.

Sus calles céntricas, sus edificios públicos y establecimientos comerciales no carecen de ningún detalle

del moderno confort. Tiene escuelas grandes, sanas y alegres, y canchas de diversos juegos.

Pero hay algo en que se revela más el espíritu de Salta: sus templos. La voz de las campanas arrulla casi a todas horas a la dulce y piadosa ciudad del Señor del Milagro y la alta silueta mística de las torres pone un sello de idealidad en el paisaje azul de las montañas . . .

El Altar Mayor de la Catedral es magnífico. En ese mismo templo se veneran las sagradas imágenes del Milagro de hermosa y conmovedora historia.

En torno a la ciudad, encantadoras villas veraniegas se agrupan como fantásticos vergeles. La majestad de la sierra, la profundidad de las quebradas, la exuberancia de una vegetación admirable, la dulzura del clima y la belleza del cielo, todo contribuye a realzar con los mayores atractivos la campiña salteña.

El alma de sus habitantes es serena, contemplativa y tímida; un alma reconcentrada que vive la vida por dentro y no se manifiesta fácilmente en expansiones exteriores; un alma que en vano iríamos a buscar en la fluidez de la palabra o en la espontaneidad del gesto, pero que se revela sin quererlo en la profundidad de la mirada lo mismo que en la tristeza esquiva de una vidala . . .

## XXIV

### ¡MADRE MÍA . . . !

¡Madre! ¡Purísima dulzura de la vida; amor, consuelo, bendición, alegría, yo te bendigo! . . .

¡Qué cosa grande, santa, incomparable nos eres en el camino, desde que te inclinas por primera vez sobre la cuna de tu niño adorado!

¡Cuántas cosas debemos a tus manos, a tus manos que nos han recibido el primer día como un regalo del cielo; que nos han acunado al compás del ritmo de tu corazón; que han acercado a nuestros labios el alimento y a nuestro cuerpo el abrigo; que han sido nuestro bálsamo y nuestra caricia; que han formado la cruz en nuestra frente por la vez primera! . . .

¡Cuántas cosas debemos a tus labios, mensajeros de tu palabra de cariño, de consejo, de aliento, de esperanza; a tus labios que nos sonríen cada aurora y nos arrullan cada noche; a tus labios que si saben abrirse alguna vez para el reproche, mejor saben juntarse para el beso del perdón! . . .

Todo lo que hay en ti nos está consagrado. Tú eres

toda nuestra, como nosotros somos todos tuyos y mientras tú nos lleves por la vida, sabemos que nos será dulce y hermosa porque tú sabes exprimirle toda su dulzura para tus hijos, aunque toda su hiel sea para ti.

¡Madre mía! . . . Tú fuiste ayer una niña soñadora y sonriente que no sabías más que de canciones y de flores; pero desde que yo vine al mundo, tu vida fué toda nueva. Cuando me tuviste en los brazos te sentiste capaz de todos los heroísmos y de todas las grandezas y ahora ya no piensas en ti misma y sólo piensas en mí . . .

Una sola lágrima mía te hiere más que todos tus dolores y una sola de mis alegrías te parece bastante para bendecir la vida.

¡Cómo debiéramos ser para ti de buenos, de agradecidos, de abnegados! ¡Cómo debiéramos ser tu consuelo, tu alegría, tu rayito de sol de cada día y de cada hora!

¡Oh, madre! Tú, que tan bien sabes perdonar, ¡perdona nuestras ingratitudes! No nos pertenecemos, somos tuyos y queremos vivir para amarte, para agradecerte, para bendecirte, para llenar de una dicha purísima tu paso por la vida!

XXV

COMO UN RAMO DE FRESAS . . .

Quiero que sea mi vida como una limpia fuente,  
igual todos los días y fresca y transparente.

Levantarme cantando junto con la alborada  
con el alma ampliamente, lealmente desplegada.

Oír en la capilla la misa tempranera  
luminosa de cirios y olor a primavera

y retornar tan llena de gracia celestial  
como de flores frescas un vaso de cristal.

Juguetear con los niños después a cualquier cosa  
que me deje en el alma su ingenuidad sabrosa

y arar, arar mi surco con honrada intención,  
arrullada en los sonos de mi propia canción.

Pasar los eslabones del recorrido diario  
como pasan las cuentas benditas de un rosario

que, como la existencia, cortan su trayectoria  
con misterios de gozo, de dolor y de gloria.

Y ver correr los días sin dudas ni sorpresas,  
el corazón alegre, como un ramo de fresas,

ignorando de toda decepción el sabor,  
porque le baste a mi alma la gracia del Señor . . .

## XXVI

### ¡QUÉ LINDO ES PERDONAR!

Todos los niños deberían ser buenos. Si esta dulce obligación de ser buenos incumbe a todos los hombres, ¡cuanto más a los niños, a ellos que son la inocencia, la frescura y la alegría de la vida!

Sin embargo, hay niños malos, que es lo mismo que decir hay auroras oscuras, o veranos con nieve; hay niños malos que son como sombras en el camino de los niños buenos.

En el grado de Marta y Lucía hay un alumno que se complace en hacer daño a los demás. Como es alto y fuerte, sus compañeros le temen y soportan sus burlas hirientes y sus malas jugadas. Se llama Jaime y es huérfano.

A principios del Otoño había entrado a la Escuela una pareja de niños extranjeros; un muchacho de trece años que ingresó en sexto grado y una niña de doce que entró a quinto. Ambos hermanos son altos, rubios y simpáticos y hablan bastante bien el castellano, aunque con un ligero acento europeo; pero la niña, que



es bastante tímida, es también algo coja y fué, desde su llegada a la Escuela, el blanco preferido de las bur-las de Jaime.

Éste se complacía en remedar su acento extranjero, en hacer alusiones odiosas sobre su país y hasta en imitar su modo de andar defectuoso.

La maestra, cada vez que llegaba a sorprenderlo, le aplicaba severas penitencias, pero era inútil.

Una mañana, después de corregidos los trabajos prácticos, la señorita llamó a una alumna para que los guardara en el armario, que estaba en el fondo de la clase, entre la fila de los varones y la de las niñas. Como todos querían hacerse cargo de la comisión, eligió a la extranjerita, con el objeto de vencer su timidez y darle más confianza, no dudando que se desempeñaría con el mayor cuidado.

Jaime lanzó por lo bajo una risa burlona y dijo despacio:

—¡Qué va a poder, la gringa!

Al mismo tiempo, escondiéndose de la maestra, remedó con sus pies el modo de cojear de la pobre niña.

Ésta, que lo había visto y oído todo, se puso como la grana y ya estaba un poco temblorosa cuando subió al banquito para colocar los cuadernos en el último estante del armario.

Pero, en el preciso momento en que levantaba los brazos, recibió en un ojo el golpe de una bolita de papel que no procedía de otro que de Jaime.

La niña, aturdida, dejó caer los cuadernos y ella misma resbaló del banquito y cayó al suelo.

Varios alumnos rieron, pero la maestra, que había visto la actitud del perverso muchacho, corrió a levantar a la niña que ahogaba a duras penas el llanto y echó a Jaime de la clase.

A la hora de salida, mientras Jaime daba vuelta la esquina de la Escuela, silbando con desparpajo, sintió una mano de hierro sobre el hombro que lo obligó a volverse.

Era el muchacho extranjero, que lo tomó con fuerza de ambos brazos y clavó en él sus ojos azules y serenos.

—¡Tú eres el que mortificas a mi hermana! —le dijo severamente.

Varios niños, presintiendo una pelea, se agruparon en torno. Pero, en esto, un golpecito suave sobre el hombro del muchacho rubio, lo hizo volverse.

Era su hermana, que le dijo con dulzura:

—¡No le pegues, Max! ¡El pobre es huérfano!

—No, no iba a pegarle, Lillian —respondió el niño.

Y volviéndose a Jaime, agregó:

—Mira; podría deshacerte, si quisiera, porque soy más fuerte que tú; pero no quiero. Mi madre me ha enseñado que más que la fuerza de los puños, vale la fuerza del alma que nos hace reprimirnos de una mala acción. Mucha más fuerza estoy haciendo ahora dentro de mí para contenerme y no hacerte besar el suelo, que para tenerte inmóvil entre mis puños como un

muñeco, pero no te haré daño. En nombre de mi hermanita inválida a quien has hecho sufrir y llorar, yo te perdono. Te perdono, porque tú eres más desgraciado que malo; porque no tienes una madre como la nuestra que te enseñe a ser bueno, a querer, a respetar; te perdono, sobre todo, porque Dios y mi madre quieren que lo haga así. Vete. Yo sé que no lo volverás a hacer.

Jaime se soltó de las manos de acero que lo sujetaban y se alejó corriendo, más humillado que si hubiera recibido una lluvia de bofetadas. Carlos Álvarez, el más grande y aventajado de la Escuela, se acercó al extranjero y le tendió la mano conmovido:

—Eres un hombre, Max —le dijo—. Siento que, estando tú lejos de tu patria, un compatriota nuestro te haya ofendido; pero no todos somos de la misma casta. Yo seré tu amigo y mis hermanas lo serán de la tuya.

—¡Gracias! —repuso Max, estrechando la mano que se le tendía—. ¡Oh! ¡yo conozco muchos argentinos tan nobles como tú! Admiro a tu país y lo quiero.

Después ambos muchachos se alejaron juntos, mientras los demás que habían presenciado la escena, se quedaron mirándolos partir en medio de un respetuoso silencio.

## XXVII

### EL HOGAR

El hogar es el rincón bendito de la tierra donde se desliza nuestra vida. Es, en toda la vasta extensión del mundo, nuestro mundo pequeño donde lo encerramos todo.

Nido de santos afectos, bajo su techo vive todo lo que amamos, y adondequiera que vayamos con nuestros seres queridos a fijar nuestra vida, allí está nuestro hogar, aunque sean otras las paredes que lo resguardan y otra la tierra que lo sustenta.

El hogar es el baluarte para todos los combates de la vida; es el refugio supremo en la hora del dolor y el retiro más dulce y placentero en los momentos de fatiga y desaliento.

Cofre de las más puras emociones y de los más dulces recuerdos, en él están guardadas las remembranzas del pasado y en él flotan las esperanzas del futuro con impalpables alas.

Allí se levantan sobre pedestales de cariño y respeto las imágenes sagradas de nuestros padres, los

fundadores del hogar, las piedras angulares de ese edificio espiritual formado de santas ternuras.

Allí juegan alegres en torno a nosotros, nuestros hermanos que son nuestros mejores y primeros amigos, que llevan nuestra misma sangre y nuestro mismo apellido y van a nuestro lado por el camino de la vida, durmiendo bajo el mismo techo y comiendo el mismo pan.

Todo lo que vemos en el hogar nos es conocido y querido. Ésta es la mesa de trabajo de nuestro padre, donde se inclina cada día para ganarnos el sustento; éste es el costurero de nuestra madre, donde cose sin descanso para nosotros; ésta es la cuna del hermanito más pequeño, donde también nos mecimos nosotros y dormimos el sueño todo blanco de la primera infancia . . .

El hogar es escuela de virtudes. Los vicios y las malas costumbres hallan pronto secuaces en la calle, en los teatros, en los cafés, en las almas desorbitadas de los seres sin hogar. Pero el hogar es un templo, un santuario. En una familia, el elemento malo huye del hogar, se aleja, lo abandona. ¡La hora del regreso es la hora de la reconciliación con Dios, la hora del arrepentimiento, del perdón! . . .

Amemos el hogar. Amemos nuestro nido de paz y de ternura y tengamos piedad de los que pasan por la vida sin tener ese puerto de ventura para guarecerse tranquilos en medio de las borrascas de la existencia.

## XXVIII

### LA VIEJECITA Y EL HADA

Junto a la ventana del comedor se mueve lentamente una mecedora y, reclinada sobre su respaldo, hay una cabeza blanca, blanca como la nieve que sirve de marco a un rostro ajado por los años.

Es la abuelita de Marta y Lucía, una anciana encantadora que tiene el corazón lleno de bondad y la cabeza llena de hermosos cuentos para sus nietecitas.

¡Qué dulces son a su lado las tardes de invierno, pasadas al amor de la lumbre y oyendo las historias de brujas, hadas y dragones que surgen de su boca desdentada con mucho mayor encanto del que tienen en los libros!

Pero ahora, según piensa la viejecita, las nietas están grandes y saben muchas cosas. Cuántas veces han tenido para los cuentos candorosos de la abuelita una pequeña mueca de superioridad.

El día anterior había contado una historia que terminaba así:

“Entonces el hada, para que no reconocieran a la

princesa fugitiva, cambió el color de las flores que adornaban su vestido, y los soldados del Rey pasaron a su lado sin conocerla.”

—¡Oh, abuelita! —interrumpió Lucía—. Yo, sin ser hada, también puedo hacer eso . . .

—¿Cambiar el color de las flores?

—Sí, abuelita. Nos lo han enseñado en la Escuela.

—¡Qué cosas tan raras aprenden hoy en las Escuelas!

—Mira, abuelita —continuó la niña—. Mañana nos toca Química y como la señorita siempre hace algún experimento, le pediremos que haga uno para ti. Tú misma me darás una violeta del jardín y la mirarás bien para que puedas reconocerla . . .

—¡Uf! ¡todas las violetas son iguales!

—Bueno. ¡De todos modos, al volver de la Escuela te traeré una violeta . . . verde!

—¡No puede ser!

—Ya lo verás, abuelita; ya lo verás.

Ahora, la abuelita esperaba, con la cabeza reclinada sobre la mecedora.

Pronto la algarabía de las nietas la hizo sonreír e incorporarse sobre la silla.

—¡Mira, abuelita! —exclamó Lucía, abrazándola y poniéndole delante de los ojos la linda violeta que ella misma había cortado, de color verde.

—¡Es cierto! ¡Y hasta tiene perfume! —murmuró—. ¿Cómo es posible?

—Son cosas de la Química, abuelita, que las niñas de tu tiempo no estudiaban —explicó Marta acariciando sus cabellos blancos.

—Está bien —concluyó la viejecita sonriendo—. Pues ahora, la abuelita no contará más cuentos de hadas a sus nietas. Serán las nietas quienes se los cuenten a ella, porque esa Química es el hada más maravillosa que he conocido . . .



## XXIX

### LA GENEROSIDAD EN EL VIVIR

La base principal de la felicidad humana no consiste en recibir sino en dar.

Se ha creído siempre que los hombres más felices eran aquéllos que colimaban todos sus deseos, aquéllos que no tenían más que decir una palabra para que sus votos se vieran cumplidos. Este es un gravísimo error. La realidad es generalmente más fría, menos fantástica que el ensueño, de modo que, al verla llegar, siempre notamos que algo falta en ella para la dicha completa.

Por esta razón, los hombres que han visto convertirse en realidades todos sus anhelos y han comprendido cuán difícil es, en esta vida, la posesión de un bien absoluto, han sentido dentro de su corazón el inmenso vacío de no desear nada, puesto que lo habían obtenido todo.

En cambio, el placer de dar, de brindar la felicidad a todos los que sufren, es infinito, porque en esta alegría va la realidad unida al ensueño.

En efecto: nuestra acción de dar, de curar, de consolar, es real y verdadera; pero el caudal de alegría que nuestra buena acción ha producido, nos es desconocido; por consiguiente, sólo podemos soñarlo.

Si vamos al jardín y cogemos un ramo de las mejores rosas, con el objeto de guardarlas para nosotros, no tardará la noche en marchitar las flores y dar así por terminada nuestra alegría de poseerlas. Pero, en cambio, si nuestra generosidad ha ofrecido esas flores al altar de la Virgen, a la mesa del enfermo, a la celda del presidiario, nuestra alegría será más durable, porque tendremos impresa en el alma la agradecida sonrisa de aquél a quien hayamos favorecido y aunque se marchiten las rosas, no se marchitará nuestra ventura.

No lo olvidemos: la felicidad recibida tiene límite y fin; la felicidad ofrecida es infinita, como Aquél que la ha inspirado a nuestro corazón.

## XXX

### CAMINOS

Queridos niños —dijo una mañana la maestra—: Hoy tenemos composición y quisiera que ésta verse sobre un tema muy importante: “¿Qué seré en el futuro?”

¿Lo habéis pensado a fondo alguna vez?

Estáis ya en quinto grado y, al terminar el sexto, debéis lanzaros cada uno por distinto camino, hacia la carrera por la cual sintáis mayor inclinación.

—¿Qué dices tú, Marta? —continuó—. Como eres tan reflexiva, sin duda ya tienes hecha la elección de carrera.

—Sí, señorita; yo pienso ser maestra.

—Y yo también —dijo Lucía.

—¿Y tú, Jorge? —preguntó la señorita a uno de los más aplicados.

—Yo desearía ser ingeniero, señorita.

—Está muy bien elegido, porque eres fuerte en Aritmética. ¿Y tú, Lillian?

—Yo . . . —respondió la extranjerita— como soy

la única hija mujer, me dedicaré a ayudar a mamá en los quehaceres de la casa. Mi hermano Max dice que será marino.

—Yo —exclamó Susana, la niña aturdida y desordenada, en quien ya se notaba sin embargo la influencia disciplinaria de la Escuela—, seré profesora de piano.

—¿Y tú, María? —preguntó la maestra, dirigiéndose a aquella niña de pulcritud ejemplar que dejaba en todas las cosas la huella de su limpidez de espíritu— ¿qué piensas ser?

—¿Yo, señorita? . . . —dijo, ruborizándose—. Tal vez . . . soy demasiado niña para decirlo; ¡pero anhela-  
ría ser Hermana de Caridad!

En la clase se hizo un silencio, mientras la maestra contemplaba a María con simpatía conmovida. Luego habló así:

Queridos niños: El mundo está lleno de caminos. Todos los caminos del trabajo son nobles y benditos, desde aquellos que llenan de sudor la frente, hasta aquellos otros en que es sólo el espíritu el que lucha. Es noble la misión del jornalero que, agachado sobre el surco, hace brotar la espiga que nos da el pan, y nobilísima la misión del sacerdote que levanta en sus manos hacia el cielo ese mismo pan convertido en Hostia. Es noble la misión del soldado que se arriesga a caer en la batalla cubierto de heridas, y noble la misión del médico que cierra esas heridas y salva una

existencia para la Patria y para Dios. Es hermosa la carrera de la maestra, que siembra la semilla del bien en el alma de los niños y la de la humilde religiosa que con su oración, su abnegación y su ejemplo arranca la semilla del mal del alma de los hombres. Todos los caminos que tienen por meta un ideal digno y bello, son buenos y nobles. Para seguirlos, no debemos proceder a ciegas; debemos estudiar nuestra inclinación, nuestras aptitudes y condiciones personales. ¡Cuántas sendas están hoy preparándose ante mis ojos! ¡Treinta y ocho niños! ¡Treinta y ocho vidas que mañana surgirán en distintos sentidos a correr por el mundo! Oh, si todas llevaran dentro de sí, como un recuerdo de su maestra, sólo esta frase: ¡sembrar el bien! qué gran obra hubieran hecho mis humildes fuerzas de mujer por la causa de Dios y de la Patria!

## XXXI

### INVIERNO...

Invierno, sé leve para los que tienen  
exhausta su lumbre y escaso su pan.  
Para los que sienten la nieve en sus carnes,  
ya no nieves más...

Invierno, sé leve para los ancianos  
en que todo fuego se ha extinguido ya.  
Para los que llevan la nieve en las sienes,  
ya no nieves más...

Invierno, sé leve para los enfermos  
que temen la angustia del frío mortal.  
Para los que sienten la nieve en las venas,  
ya no nieves más...

Invierno, sé leve para los que sufren  
y están fatigados de tanto llorar.  
Para los que llevan la nieve en el alma,  
... ya no nieves más...

## XXXII

### LA VIDA

La vida es un largo camino que todos tenemos que recorrer. Esta senda tiene para todos sus espinas y sus flores. Marchemos confiada y valerosamente por ella y, a la vez que con nuestra propia dulzura nos facilitamos el camino, tratemos de hacer bello el camino de los demás.

Dios ha puesto en los senderos naturales del mundo, rosas, lirios, cardos, piedras, cristalinas fuentes y horrosos abismos. Las rosas embalsaman el aire con sus fragancias exquisitas; los lirios alegran el paisaje con su blancura poética; en cambio, las piedras y los cardos, con su áspera dureza las primeras, con sus punzantes espinas los segundos, entorpecen la marcha del peregrino y le arrancan gemidos de dolor y gotas de sangre. Las fuentes cristalinas, entonces, le brindan su consuelo, restañan sus heridas y sacian su sed. Los negros abismos esperan el paso del viajero para devorarlo, pero la luz, amable y tierna lo salva con su claridad.

En el mundo moral, en el camino inmaterial de la existencia, cada ser es luz o abismo, clara fuente o dura piedra, áspero cardo o perfumada flor . . .

Si Dios nos diera a elegir nuestra condición en la vida, ¿no preferiríamos mil veces ser la rosa o el lirio, el agua fresca o la bendita luz, antes de ser el cardo que pincha, la piedra que hiere o el abismo que devora?

Pero el Señor, en su inefable misericordia, no ha querido formarnos de antemano, como ha hecho con las cosas insensibles de la naturaleza, sino que nos ha dejado en absoluta libertad de formar nosotros mismos nuestra misión sobre la tierra. Así, cada cual puede, si quiere, convertirse para los demás en una flor de bendición o en una fuente de consuelo. No seamos como el cardo; no tengamos espinas para los demás, ni imitemos tampoco a la piedra, respondiendo con la dureza de nuestro corazón al grito de dolor de nuestro hermano. Puesto que depende de nuestra voluntad toda la belleza de nuestro paso por la vida, dejemos, al pasar por ella, una estela imborrable de dulzura y de amor.



## XXXIII

### VIGOR Y ALEGRÍA

Jaime, aquel muchacho de mal corazón que se burlaba de la extranjerita Lillian, ha quedado cambiado desde la escena con Max su hermano. Max y Carlos Álvarez, los alumnos más hombres y más aventajados de sexto grado, se han hecho íntimos amigos y, lejos de repudiar a Jaime que había quedado humillado ante la superioridad moral de su adversario, lo han atraído hacia ellos y están operando en él un notable cambio.

Ahora todos los alumnos de quinto grado quieren a Jaime, no como antes que sólo le temían; y así se explica el triunfo que ha obtenido esta mañana en ejercicios físicos.

Como es un gran deportista la señorita solía darle los primeros puestos en los partidos, pero él con su modo despótico de tratar a los compañeros de bando, los intimidaba, y muchas veces perdía por esa causa; pero esta mañana ha sido otra cosa; un triunfo completo para el partido de Jaime que ha jugado con una disciplina y un entusiasmo admirables.

En el recreo, todos lo felicitaban y daba gusto ver a los muchachos con las caras todas rosadas a causa del ejercicio y los ojos brillantes por la alegría del triunfo.

¡Qué saludable vigor se siente al volver de la clase de ejercicios físicos, con los pulmones ávidos de aire y los músculos fortalecidos por la gimnasia! Parece que la vida se hiciera más intensa y que la juventud no fuera a pasar nunca, porque se siente en el alma un resurgimiento de energía y entusiasmo.

Al pasar la fila de sexto grado frente a la de quinto, Carlos y Max hicieron un gesto de felicitación a Jaime. Éste lo agradeció con la mirada y entró en el aula radiante de alegría.

## XXXIV

### ESPINAS EN LA SENDA

—¿Qué tienes, Marta? ¿Lloras...?

La mamá se acercó presurosa a la mesa de estudio de su hijita y le tomó el rostro entre las manos.

La niña, efectivamente, había dejado escapar algunas lágrimas y levantó hacia su madre unos ojos verdes llenos de tristeza.

—Sí, mamá. Es que no puedo resolver el problema... No sé por qué me parecen tan difíciles las lecciones de hoy.

—No te aflijas, querida. Resolveremos juntas el problema y te explicaré los puntos que te parecen tan difíciles.

Marta secó sus lágrimas, pero siguió triste y pensativa.

—Es demasiado costoso, mamita —dijo—, ser siempre la primera del grado. Había soñado darles esa satisfacción a ti y a papá, pero creo que no podré este año...

—¿Cómo, Marta mía? —dijo la mamá con asom-

bro—. ¿A la primera dificultad quieres abandonar la empresa? No; no te portarás entonces como la niña valiente, decidida, llena de noble aspiración que yo creía ver en ti. Mira, hijita querida: en esta vida todo cuesta algún trabajo, algún sacrificio. Cualquier obra que emprendemos exige de nosotros lucha y esfuerzo. No pienses: "Esto no lo puedo hacer; cuesta demasiado". Dí alegremente: Es difícil, pero lo haré con la ayuda de Dios. Y verás cómo pasado el primer obstáculo, vencida la primera debilidad, después te sientes más contenta y más segura de triunfar.

Imagínate la alegría que experimentarás al terminar el año, sin haber perdido el primer puesto. Considera la satisfacción de tu padre, el gozo de tu mamá, la "chochera" de tu pobre abuelita para quien sois vosotras el último rayito de sol en el ocaso de la vida!

Y todo esto, ¿lo perderías por un problema un poco complicado, por una lección algo más larga que las otras, por un rato de desaliento, de pereza?

No, Marta querida. Ten valor. Los sacrificios de la Escuela pasan y los beneficios del saber no pasan nunca.

—¡Tienes razón, mamita! —repuso abrazándola—. Mira, no quiero que me ayudes. Resolveré sola el problema y estudiaré mis lecciones con paciencia. ¡Ya verás que este año seré otra vez la primera; y quiero hacerlo por ti, por papá, por la abuelita, para que todos estén contentos de mí!

## XXXV

### RIQUEZA VERDADERA

Las ráfagas heladas del invierno han quitado a la Naturaleza todo su atractivo. El paisaje está descolorido y melancólico y los chicuelos que pasan tiritando por la calle inspiran compasión.

La maestra de quinto grado ha sugerido a sus alumnos la noble idea de juntar algunas prendas viejas de vestir, arreglarlas lo mejor posible y llevarlas a los pobres durante las horas fuera de clase.

De este modo, se hallaron reunidos una tarde con la maestra, cinco o seis niños, entre los que se hallaban Marta, Lucía, María y Lillian, con el objeto de visitar una familia pobre y llevarle las prendas reunidas por los alumnos.

La señorita los condujo a una casita miserable y desmantelada donde vivía un pobre paralítico con su esposa y cuatro hijos pequeños.

El trabajo de la mujer no daba abasto para comer y vestirse y las pobres criaturas estaban semidesnudas. Sin embargo, la casita estaba limpia, lo mismo

que las mantas que cubrían al inválido y las escasas y raídas prendas que llevaban la madre y los niños.

—¿Hace mucho tiempo que está usted tan necesitada? —preguntó con dulzura la maestra.

—Desde que mi esposo no puede andar; hace más de un año, señorita.

—¿Lo han visto los médicos?

—Sí, y lo primero que hago con lo poco que gano es atender a su curación y cumplir lo que ellos recetan. Así, al menos, no sufre dolores y la enfermedad no avanza.

—¿Y los niños? ¿No ha tratado de colocarlos en alguna parte, para que le permitan trabajar mejor o estén ellos en mejores condiciones?

—No, señorita. Mientras yo pueda ganar un pedazo de pan para ellos, prefiero tenerlos conmigo. Son la alegría de su padre enfermo y la mía también y ellos no cambiarían nuestro cariño por nada. A mi lado aprenden a amar a Dios, a honrar a sus padres y a tratarse como buenos hermanos. Por eso, porque nos queremos y confiamos en Dios, no somos tan-desgraciados en medio de nuestra miseria.

—Tiene mucha razón, señora —repuso la maestra conmovida—; usted es pobre, pero posee la mejor riqueza; la que reside en las prendas del alma y en los nobles afectos del corazón.

¡Cuántos ricos, en cambio, viven en la abundancia, pero con el espíritu vacío de ideales y sumidos en una

pobreza moral abrumadora, que nadie sospecharía!

Hemos venido a traerle —agregó— unas cuantas cosas que mis alumnos han juntado para sus hijitos.

Los niños ofrecieron sus paquetes a la buena mujer que se vió en seguida rodeada por sus cuatro hijos.

—¡Cuánto les agradezco, señorita, que se acuerden de mí! —repuso la pobre, recibéndolos—. Gracias a la caridad de las almas buenas, vamos haciendo frente a los malos tiempos. Si mi hijito mayor tuviera edad para ayudarme, sería otra cosa.

Cuando se despidieron para regresar, dejando a la pobre familia llena de consuelo, era un poco tarde y el viento frío silbaba entre las ramas desnudas.

—No parecen tan desgraciados; ¿verdad? —dijo María.

—Es porque tienen la riqueza del alma —contestó Marta— que, como dice la señorita, es la única verdadera.

## XXXVI

### BUENOS AIRES

Buenos Aires palpita como un inmenso corazón de la Patria.

Grande, fuerte, vibrante, hermosa, "la gran capital del Sud" alza, sobre su río de ondas de plata, la sombra gigantesca de la primer metrópoli de América.

¡Qué pequeño se siente el hombre, perdido en esa gran urbe bulliciosa, donde lo envuelve una ola de vida intensa de la que él no es más que una partícula pequeña y anónima!

En las horas de reposo es hermoso contemplar Buenos Aires desde una gran altura. Millares y millares de casas se ofrecen a la vista; fábricas enormes, empenachadas de humo gris, que son un himno formidable al trabajo; paseos llenos de grandes avenidas y de artísticos monumentos; templos hermosos, con sus cúpulas brillantes; palacios rodeados de parques en flor; torres que se elevan esbeltas, constelaciones de letreros luminosos que se encienden y se apagan, y, por fin, como un inmenso refugio de paz, el río, nues-



tro Río de la Plata, arrullando a su ciudad con el cantar eterno y dulce de sus olas . . .

Y siguiendo por el río, sin más barquilla que nuestro pensamiento, aquí están los paisajes delicados y bellos de San Isidro y de San Fernando, con sus poéticas barrancas y sus sauces peinados por la brisa, y el Tigre con sus islas pintorescas y sus ágiles canoas.

Buenos Aires ruge en las horas de trabajo y canta en las horas de reposo; pero siempre vive; parece que no duerme jamás, tal es de intensa su vida gigantesca.

¡Sigue, sigue adelante, ciudad próspera y fuerte; sigue palpitando a todas horas, como un inmenso corazón de la Patria!

## XXXVII

### VACACIONES DE INVIERNO

Las Escuelas se han cerrado por quince días, debido a la crudeza de la temperatura y, al mismo tiempo, para conceder un breve descanso a los alumnos pues estamos en la mitad del año escolar.

Algunos que tienen fincas en regiones más cálidas que la ciudad, han ido a pasar allí una corta temporada. Por dos semanas se han cerrado libros y cuadernos y ahora se salta, se corre, se patina, se anda en bicicleta. ¡Lo esencial es entrar en calor! ¡Qué agradable resulta un paseíto al sol por las orillas del lago o una buena caminata por la calle después de almorzar, para estimular la digestión y mantener los pies calientes!

Las niñas aprovechan el tiempo libre para adelantar sus labores. ¡Hay que ver cómo crecen los tejidos! ¡Es tan lindo también mover las agujas agudas y brillantes al calorcito familiar de la estufa, que hace bailar su llama rojiza como una extraña flor de fuego!

Los más aplicados, no se descuidan tampoco y, de vez en cuando, echan un vistazo a su cuaderno de Aritmética o a su libro de Lectura. Susana, que tiene tan mala letra, hace todos los días un poco de Caligrafía, y Lillian, como no domina el castellano, repasa de vez en cuando las reglas de la Gramática.

Algunos han caído enfermos de "gripe". Lucía ha estado con fiebre una semana y se ha levantado pálida y delgaducha. Los primeros días no podía salir al patio, pero ahora, su mamá la lleva al parque con frecuencia, para que el sol y el aire le devuelvan sus lindos colores.

• ¡Qué pronto se pasan estos buenos días de descanso! Pero, no importa. Los niños volverán a la Escuela con nuevos bríos y, aunque al principio echen un poco de menos las lindas horas pasadas al sol entre juegos y risas, ya la vibrante campana, las marchas entusiastas y la incansable voz de la maestra, los disciplinará de nuevo, como a soldaditos valientes de la civilización y del saber!

## XXXVIII

### BARRIO POBRE

En la honda callejuela barrida por el viento  
alzan las alamedas su eterno "vis a vis"  
y sobre los tejados del pueblo soñoliento  
el otoño destrenza su cabellera gris . . .

Lejos, al pie del cerro, descansa el rancherío,  
mísero y doloroso remiendo del paisaje.  
Una madeja de humo se pierde en el vacío,  
las hojas muertas bailan una danza salvaje.

Y la luna, curvada como una gran pestaña,  
en el arco gracioso de uno de sus manguantes,  
se clava en la cabeza triunfal de la montaña  
como una luminosa peineta de brillantes.

Los faroles se encienden. La calle amarillea  
de luces ordinarias. Detrás de los cristales,  
el fulgor de una lámpara escasa bailotea  
bajo de una humildísima pantalla de percales.

Un asilo está cerca, negruzco y silencioso  
y a su ventana asoman dos caras demacradas.  
De pronto, un auto pasa, confortable, suntuoso,  
conduciendo un confuso rumor de carcajadas.

.....

Y todo queda en calma, pero mi corazón  
junto con el estrépito del coche que se aleja,  
ha sentido el violento chasquir de un bofetón  
sobre la faz doliente de la pobre calleja . . .

## XXXIX

### LOS OBREROS DEL MUNDO

Doblado sobre la espesa mezcla de cal y arena, el albañil prepara el material para construir un edificio. Y poco a poco, como una hormiguita laboriosa y paciente, va levantando hacia el cielo su obra, sólida, grande y bella.

Es él el que ha cubierto el mundo de palacios, de templos, de torres, de pagodas, de mezquitas. De sus manos han salido los alcázares de Oriente y los castillos de Occidente, las fontanas caprichosas de los parques y las escalinatas de los jardines, bordeadas de césped y de flores.

Inclinado sobre su larga mesa de trabajo, arrojando rizadas virutas bajo el cepillo, el carpintero prepara también las tablas para su trabajo.

De su taller humilde han salido los soberbios sitiales sobre los que se sentaron los Papas y los Reyes; sus manos han tallado las puertas que sirven de custodia a las catedrales y a los museos y han labrado las arcas en que están guardadas las riquezas de la tierra.

Ellos han poblado las plazas de glorietas y puentes artísticos y bellos y han llenado los caminos de bancos acogedores y los lagos de románticas canoas.

Levantando en alto su brazo atlético, el herrero golpea sobre el yunque una dura barra de acero. Más tarde, esa barra lucirá bajo el sol en la verja de una mansión suntuosa o será el sostén de alguna enredadera florida en la reja de una ventana soñadora; o sostendrá con muchas otras el peso de la locomotora al pasar sobre la alcantarilla del camino férreo, o formará tal vez el brazo de una cruz bendita en algún silencioso cementerio de aldea . . .

Roturando la tierra bajo el arado, el labrador prepara el surco para arrojar el grano. Muchos surcos y muchos granos convertirán más tarde al campo inculto en dorada alfombra de espigas, o en alegre quinta multicolor, llena de flores y de frutos. Por las manos laboriosas del jardinero hay avenidas en las ciudades y floridos vergeles en la campiña; ellas han alzado poco a poco la fronda de los parques elegantes y de los amplios "bulevares".

Cada ser sobre la tierra pone su granito de arena en el inmenso mecanismo de la vida universal. La admirable armonía del trabajo colectivo forja a todas horas la obra gigantesca del progreso, y cada cual puede decir con íntima satisfacción, si no es un rezagado ni un perezoso: "Yo también he servido para la grandeza del mundo".

## XL

### LA LUNA

¡Qué suave y delicado encanto presta la luna a todo cuanto bañan sus rayos!

Esa claridad apacible que pone en la noche todos los atractivos de un amanecer, parece que realzara la belleza de los paisajes, casi hasta la fantasía. Las aguas de los lagos y los ríos se convierten en plata transparente y la blanda arena de los caminos adquiere una blancura azulada que se destaca vívidamente sobre los campos.

¡Qué hermoso es ver un rebaño dormido a la luz de la luna! Los corderillos parecen hechos de copos de algodón, como esos que colocan los niños en los pesebres de Nochebuena!

Y las flores de los jardines y los prados se lucen más ufanas y más bellas en medio de esa diáfana blancura que hace brillar sus húmedas corolas como otras tantas estrellas.

Las humildes casitas de los pobres se embellecen bajo los rayos pálidos de la luna, y las casas magníficas



de los ricos brillan con más esplendor desde la arrogancia de sus cristales y sus mármoles.

El espectáculo del mar, que es siempre tan majestuoso e imponente, bajo la claridad etérea de la luna se vuelve sublime. Las espumas que coronan sus olas encrespadas se matizan con las irradiaciones del nácar y la serena faz del astro de la noche se refleja en el piélago ondulante abriendo en su seno un haz de plateada blancura.

Y si alzamos al cielo nuestros ojos como para agradecer al divino Autor de tanta belleza, encontramos allí el más poético y hermoso de los cuadros: La inmensidad azul tachonada de estrellas, por la que vagan nubes desgarradas como tules y al centro, la inmensa hostia luminosa de la luna, derramando su luz serenamente e impregnando de calma y de poesía el recóndito fondo de las almas . . .

## XLI

### MIENTRAS PASAN LOS SOLDADOS...

Los niños de la Escuela han ido a ver el desfile de las tropas. Son los batallones que vuelven de las maniobras y que han pasado largas jornadas bajo los soles y los vientos de la intemperie.

Los balcones desbordan de señoras y niñas que miran con interés el paso de los cuerpos y saludan con aplausos y flores a la noble y amada bandera de la Patria.

Algunas reconocen con júbilo en los que pasan a sus hijos o a sus hermanos; pero ¡cómo están de tostados sus rostros y cómo llevan en ellos la huella de las fatigas!

Los alumnos de las Escuelas forman sobre la acera una doble fila toda blanca. Es el ejército de la inocencia haciendo marco al ejército del valor. Cuando el símbolo augusto de la Patria pasa delante de ellos, levantan también sus banderitas de papel blancas y azules y prorrumpen en vivas entusiastas.

¡Mira, oh Patria, cómo te aman tus hijos! Míra-

los a los unos, cómo vuelven cansados de la dura jornada, pero llevándote siempre en el pecho como un ideal sagrado. Son tus soldados; los que darían en la guerra la sangre de sus venas por ti y morirían al pie de tu bandera con el nombre de la Argentina sobre los labios helados!

Los otros, los pequeños, esos son tus defensores de mañana. De estas dos largas hileras blancas de niños inocentes, saldrán en el futuro tus sabios, tus guerreros, tus maestros, tus artistas. En la paz o en la guerra son y serán tuyos mientras vivan.

¡En la paz, o en la guerra! ¡Patria querida! Si las batallas te han engrandecido y han orlado tu frente de laureles, la paz te ha hecho aún más grande, porque ella aumenta tu grandeza cada día!

Quiera Dios que te veamos siempre grande, pero siempre pacificada; alzándote serena sobre las glorias del pasado y levantando tus tutelares brazos sobre un pueblo laborioso, fraternal, honrado, amigo de la tranquilidad y del progreso y cuyos ciudadanos sepan extraer para ti toda la riqueza de tu suelo ubérrimo, para que veamos ondular la bandera de los colores del cielo sobre una tierra de prosperidad y de concordia, llena de espíritus libres, pletórica de corazones generosos y coronada de praderas floridas donde se meza el oro fecundo de los trigales!

## XLII

### TUCUMÁN

Una región de flores y de mieles; un nido cálido bajo un cielo muy luminoso y muy azul.

Tucumán no tiene la calma un poco melancólica de las otras provincias norteñas. Posee un alma ardiente y alegre; sus hijos son vivaces, francos, emprendedores.

En la ciudad y en el campo se notan la prosperidad y la abundancia. En sus calles risueñas y llenas de sol, se levantan casas confortables y hasta suntuosas, a veces rodeadas de jardines.

La exuberancia de su tierra le ha conquistado el título de "Jardín de la República", y en verdad que el viajero que penetra en ella, embriagado por el perfume de los naranjos floridos, no le desconoce méritos para llevarlo con orgullo.

Hay un paraje bellísimo en el que han levantado sus chalets los tucumanos más pudientes. Es Villa Nougés, encantadora región montañesa desde la que se dominan magníficos panoramas y a la cual se lle-

ga por un fantástico camino espiral, practicado sobre el cerro y bordeado de una vegetación hermosa y rica.

La ciudad de Tucumán guarda, encerrada dentro de un bello edificio, la Casa Histórica donde se juró nuestra independencia. Allí el turista puede contemplar con respeto aquella vieja sala, de grandes baldosas desiguales, en la que nació la Patria en un día lejano y glorioso de Julio . . .

## XLIII

### OJOS QUE SE ABREN

Va pasando rápidamente el año escolar. Más de la mitad del camino ha transcurrido y la maestra nota, llena de satisfacción, que las inteligencias de sus niños van abriéndose cada vez más al saber, que son más comprensivos y conscientes.

Hasta ahora, Marta es siempre la primera, pero su hermanita Lucía no se queda muy atrás y se muestra más estudiosa y pensadora.

Todos los alumnos, en general, han dado un gran paso hacia adelante y ellos mismos comprenden cuánto más bella e intensa se vuelve la vida cuando la venda de la ignorancia cae, y se abren los ojos del alma a las nobles verdades de la ciencia.

¡Qué interesante es, por ejemplo, conocer la vida de las plantas, las costumbres de animales desconocidos, las creencias de pueblos cuya existencia no sospechábamos! Saber el porqué de tantos fenómenos naturales, conocer el nombre de los astros, el origen de las estaciones, los días y las noches.

La incansable curiosidad de la infancia tiene en el estudio una fuente inagotable en qué saciarse. Y mientras se matiza la inteligencia de los niños, aumenta su capacidad para pensar y obrar y todo cuanto ven u oyen les resulta más comprensible y los entretiene y les agrada más.

El mundo es, para el ignorante, como un libro cerrado. Puede ver su exterior, su bella envoltura de galas naturales, pero no puede penetrar sus misterios ni ahondar sus secretos.

También los sentimientos, aunque espontáneos en el hombre, se elevan y se embellecen con el estudio, porque éste lo pone en contacto con almas superiores, con seres ejemplares a quienes se siente el deseo de imitar y que influyen benéficamente en el corazón humano.

Un día, al volver Marta a su casa, después de una clase interesante, dijo a su madre:

—Mamá, en la Escuela no sólo se aprenden las lecciones del libro ¿no es cierto? ¡A mí me parece que en ella he aprendido a apreciar mejor la luz, el aire, las flores y los pájaros, a venerar más las glorias de mi Patria, a quererte más a ti, a honrar mejor a Dios y a encontrar más hermosa la vida!

## XLIV

### APRECIEMOS LO BUENO

Una mañana linda y asoleada de Agosto, mientras los niños se hallaban en clase de lectura, entraron en el grado dos personas; una mujer de aspecto humilde y una niña de unos quince años, sencillamente vestida y llevando en las manos unas flores.

La niña era ciega. La maestra se adelantó hacia las visitantes, las saludó con cariño y habló breves instantes con ellas. Al alejarse, la cieguita le dejó las flores.

—Niños —dijo la maestra, después que hubieron partido—: Esta cieguita que acabáis de ver, fué antes una niña sana, como todos ustedes. En tercer grado me tuvo de maestra y me cobró gran cariño. Hace dos años que ha perdido la vista y ahora se encuentra en la Escuela de Ciegos. Ha venido a invitarnos para que visitemos el establecimiento y presenciemos las clases. Creo que a todos os interesará la visita; ¿no es verdad?

—¡Sí, señorita! —respondió la clase.



Considerad, queridos niños —continuó diciendo la maestra—, ahora que os habéis encontrado inopinadamente con un ser más desgraciado que vosotros, cuán dichosos somos los que tenemos sano nuestro cuerpo y conservamos el uso de todos sus miembros. Recordando la gran cantidad de paralíticos, ciegos, sordomudos y demás pobres lisiados que habrá en el mundo, ¡cómo deberíamos apreciar estos ojos nuestros que le llevan a nuestra alma un perpetuo mensaje de belleza y de luz; estos pies ágiles y fuertes que pueden correr con libertad por los caminos; estas manos que pueden moverse a voluntad para darnos lo que deseamos; estos oídos que nos traen el eco de la palabra y de la música!

¡Cómo, a fuerza de poseer la dicha, nos olvidamos de valorarla y agradecérsela a Dios! Los que conservamos a nuestros padres vivos y sanos; los que tenemos abrigo, techo, pan; los que vivimos en un país próspero y pacífico, rodeados de afectos y consideraciones, no nos comparamos con los huérfanos, con los mendigos, con los que se hallan sacudidos por la guerra o viven abandonados en el destierro, lejos de todo lo que amaron.

Apreciemos lo bueno, queridos niños. Nosotros somos felices. Valoremos nuestra dicha incomprendida de cada día y cada hora, y elevemos desde el fondo del alma una continua acción de gracias que, como el perfume de una flor, suba serenamente hacia los cielos!

## XLV

### VIDAS OSCURAS Y ROSAS BLANCAS

Ayer, día de la Asunción, ¡qué dulces y delicadas sugerencias tuvo el atardecer para los niños de la Escuela! Ya llevaban preparado el espíritu mientras iban caminando por la calle envuelta en una calma gris de fin de invierno y acariciada por la brisa fresca de Agosto, precursora de lluvia, como que algunas gotas les cayeron al paso cuando llegaban a su destino, llenos de interés por las sorpresas que los esperaban.

Al entrar a la Escuela de Ciegos, precedidos por la maestra, fueron amablemente recibidos por la Directora. ¡Con qué cordialidad afectuosa los abrazaron los ciegos, como si fueran sus viejos amigos!

Mientras lucían con la sonrisa en los labios sus habilidades, recitando, cantando, tocando la guitarra y la quena, el arpa, el armonio o el piano, se humedecían de lágrimas los ojos de las niñas, flores de juventud y de alegría, asomadas de pronto a una de las más negras desgracias de la vida.

Después recorrieron la Escuela admirando a cada paso la obra maravillosa de un alma grande, esforzada y valiente a quien no arredran las dificultades y que ha venido realizando poco a poco su magno ideal con tesón y constancia inagotables.

La labor conseguida de los alumnos es asombrosa. Leen con las yemas de los dedos sobre letras hechas a punzón con más corrección que cualquier niño normal lo hace en su libro y palpan sobre los mapas en relieve, sin equivocarse ni en el más pequeño golfo ni en la isla más insignificante. La geografía, las ciencias naturales, el solfeo, el canto, la declamación, la dactilografía, han abierto innumerables caminos a estos seres que se creyeron al margen de la vida y una de las cieguitas, al leer ante los niños a palpación una composición hecha por ella misma, ponía de manifiesto su inmensa alegría al sentirse incorporada, por medio de este instituto, al concierto de los seres útiles y felices.

Pero lo más tierno de todo, fué la despedida. Llegó un hermoso ramo de rosas blancas y los pequeños ciegos fueron tomando una por una las flores y poniéndolas en las manos de los niños, ignorando que eran bellas y que eran blancas y sabiendo tan sólo que eran rosas . . .

Los alumnos han traído esas rosas pálidas de Agosto como un recuerdo; como el recuerdo de un minuto exquisito de arte, de afecto, de comprensión y de

dulzura; de esos minutos que se quedan para siempre grabados en el alma y que parecen purificar la vida y darle su verdadero sentido de idealismo, de elevación y de bondad . . .

## XLVI

*(Lo que recitó una cieguita.)*

### SOMBRAS Y LUZ

Vosotros, los felices, que veis en la alborada  
levantarse gloriosa frente a vuestra mirada  
nueva luz cada día;

los que sabéis la gracia del sol y de las flores  
y el eterno prodigio de luz y de colores,  
de forma y armonía;

no tengáis demasiada congoja por nosotros,  
los que nada sabemos del mundo de los otros  
en nuestra noche oscura,

ni os asombre que puedan nuestros labios, a veces,  
sonreír a la vida y ofrecerle sus preces  
con paz y con dulzura . . .

Porque brilla en el alma sensible de la ciega  
un astro misterioso que de lumbre la anega  
y, a pesar de la noche que llena su pupila,

la colma de esperanza, de amor y de consuelos  
esa luz misteriosa que viene de los cielos  
y que es como una estrella que en su interior titila.

Si apagaron su lumbre los ojos materiales  
y no ven esas vanas bellezas terrenales  
cuya hermosura es ráfaga inestable y veloz,

tenemos agrandadas las pupilas del alma,  
las que ven, en un éxtasis de bienhechora calma,  
la hermosura de Dios.

Y nuestra luz interna sublima nuestras horas:  
Nuestro espíritu sabe de divinas auroras  
a pesar de la sombra que cubrió nuestros ojos.

La caridad de aquéllos que nos tienden la mano  
el mundo nos explica cual bellissimo arcano  
e ignorando nos deja su mal y sus abrojos.

¡Señor! Bendice a todos los que en verdad nos aman,  
los que para nosotros en ternura se inflaman  
siguiendo la enseñanza divina de Jesús;

los que al darnos la ciencia, la fe, la poesía  
han sembrado de rosas nuestra doliente vía  
y han dado a nuestras almas la verdadera luz!

## XLVII

### DIOS ES PARA TODOS

Niño; Dios es para ti. Es el pequeño amigo del pesebre de Belén. El que te llamaba, el que te prefería, el que se sonreía contigo en las tardes azules de Galilea. Dile a tu madre que te lleve a su templo. Tu alma es pura, buena, humilde, sencilla, como lo enseñaba Jesús.

Joven; Dios es para ti. Es el amor que da valor a la vida y la luminosa esperanza que ennoblece el futuro con que sueñas. Es la fuerza y la alegría de tus años floridos, la meta del camino que recién empiezas con ilusión y con fe. Contéplalo, no lo olvides. No hay juventud venturosa, ni dicha cumplida, ni felicidad verdadera, si se goza a espaldas de Él.

Anciano; Dios es para ti. Es el reposo de tu atardecer silencioso, la paz de tus días iguales y quietos henchidos de recuerdos. El premio de las fatigas de tu vida. El único, tal vez, que te vió luchar, llorar, desfallecer, y levantarte de nuevo, preparándote la

recompensa en el silencio de su misericordia. Sigue marchando hacia Él.

Pecador; Dios es para ti. A ti vino a buscarte y a ti te está llamando desde que lo olvidaste. Te tiende los brazos, te abre su corazón lastimado y te ofrece el perdón, la reconciliación, la vida verdadera. No lo hagas esperar, porque lo hieres. Vuelve a Él que es la verdad y es el camino. Dios es la redención, la justificación y la bondad que perdona. Vuelve a Él, pecador.

Pobre; Dios es para ti. Él es la suprema humildad y el supremo desprendimiento. Jesús te ha hecho semejante a Él, que amó la humillación, la privación y el trabajo. Él no te desprecia, al contrario, te comprende y te ama; te promete en compensación de tus miserias, las eternas riquezas de su Reino. Pobre, junta tus manos y bendice a Dios.

Rico; Dios es para ti. Él es el que ha puesto en tus empresas la corona del éxito. Él ha bendecido tus cosechas y ha protegido tus ganados. Él mantiene en tus brazos la fuerza y en tu mente la idea. Él sostiene los pilares de tu alcázar. Él empuja tus naves al puerto de la prosperidad y la abundancia. Nada serías sin Él; nada tendrías sin Él. Rico, agradece a tu Dios y no desdeñes arrodillarte delante de su altar.

Artista; Dios es para ti. Dios es la belleza que te inspira y que te pone sueños de luz en el corazón. Dios ha pintado los crepúsculos de tus lienzos y ha escrito



las alboradas de tu estrofa. Dios ha dado el cantar a los pájaros y el rumor a las selvas para que tú los vuelques en la música. Sin Él no habría belleza para tu cincel, para tu pluma, para tus notas. Artista, alaba a Dios con el privilegio de tus dones, que Él mismo te ha dado para gloria suya.

Niño, joven, anciano, rico, pobre, pecador, artista; hay un Dios. Pero ese Dios no es sólo de los piadosos, de los místicos, de los que lo aman y lo nombran. Dios es para todos, Dios es para ti.

## XLVIII

### NUESTRO AMIGO EL SOL

Allá, en la sideral altura hasta la que no pueden llegar con sus vuelos ni las golondrinas, ni las gaviotas, ni las águilas, allá tenemos un grande y bondadoso amigo: es el sol.

El sol, que envía sobre la tierra sus rayos tibios y dorados, es un gran amigo del hombre.

¡Cómo notamos su ausencia en los días oscuros y brumosos de las estaciones muertas! Y cuando, rompiendo los nubarrones grises, un rayito vivificante atraviesa el aire como una saeta, ¡qué alegría renace en el ambiente, y cómo se nos abre el corazón!

Las personas amantes del sol, crecen robustas y sanas como la vegetación de las regiones tropicales que deben al sol el vigor y la exuberancia que ostentan. Innumerables son los casos de enfermos que han recuperado la salud gracias a este tónico etéreo, mucho más agradable de tomar que los otros y que está gratuitamente al alcance de todos.

Abramos ampliamente nuestras ventanas a este men-

sajero dorado de la fortaleza y de la vida, que, a más de traernos la salud, nos trae la alegría, la belleza, la luz. Él es tan generoso y bueno, que no espera más que le corramos nuestras cortinas para entrar con confianza y sin reparos a hacernos el obsequio de sus dones.

Sus hermosos fulgores se pasean por el mundo, sembrando el bien en todas partes y brillan al mismo tiempo sobre las praderas para hacer germinar hermosas flores; sobre las buhardillas para dar un poco de calor a los pobres; en los hospitales para llevar consuelo y vida a los enfermos; en las Escuelas para regocijar a los niños; en las cárceles para disminuir la lobreguez de las celdas oscuras y, en fin, en todos los hogares y por todos los caminos, para ocultarse después en el Poniente, sirviendo aún desde allí, de inspiración a los pintores que mañana lo reproducirán en sus lienzos en una apoteosis de brillantes colores, y a los poetas que le escribirán entusiasmados sus mejores estrofas, mientras el último rayo del crepúsculo ponga un nimbo de idealidad sobre sus cabezas soñadoras . . .

## XLIX

### ES FÁCIL SER BUENOS

Lucía es muy buena, como su hermanita Marta, pero es menos reflexiva y no tiene el carácter y la inteligencia de ésta.

Algunas veces, se deja llevar de sus impulsos sin medir las consecuencias y obra como una niña mala, a pesar de tener un corazón bien inclinado y recto.

Una tarde, se hallaban ambas hermanas en el jardín y Marta proponía a Lucía diversos juegos, pero ésta no aceptaba ninguno.

—¡Estás displicente hoy! —dijo al fin Marta con desaliento.

—¿Cómo quieres que esté contenta —respondió Lucía— si todo me sale mal?

—¿Y de quién es la culpa? —replicó Marta con dulzura.

—No es sólo mía, te lo aseguro. Es que a mí las cosas nunca me resultan bien.

—Creo que te equivocas, Lulú. Mira; esta mañana, en la clase de Aritmética, no me dejabas atender,

por conversar con Susana. La señorita tuvo que reprenderte dos veces y a la tercera, te rebajó la clasificación con toda justicia. En cambio, ¡hubiera sido tan fácil dejar el final de la charla para el recreo! Como que cinco minutos después, sonó la campana y tú ya no tenías ganas de hablar pensando en tu mala nota.

Después, tú sabes que abuelita duerme la siesta todos los días. Varias veces tuvo que levantarse a decirte que no pasaras corriendo por frente a su pieza, hasta que papá te regañó.

¡Y era tan sencillo ponerse de puntillas al llegar a su cuarto; mucho más, pensando que la pobre viejecita no tiene ya más satisfacciones que su reposo y nuestro cariño!

Por último, tomaste tu tejido y como mamá te dijo que era preciso desatar unos puntos, tiraste de tan mala gana la hebra que se te deshicieron dos filas, de modo que trabajaste más y mamá te reprochó tu impaciencia. En cambio, desatar con calma dos o tres puntos mal hechos era la cosa más fácil del mundo.

—Es que yo no tengo tu tranquilidad. Cada cual es a su manera.

—No se trata de tranquilidad, Lucía. Comprendo que cada persona tiene distinto modo de ser y que a algunas les cuesta más que a otras dominarse y no hacer lo que no deben; pero a éstas les sucede así, porque piensan que es demasiado imponerse esos sacrifi-

cios. No se dan cuenta de que, por mucho que parezca lo contrario, es fácil y muy fácil, con un poco de voluntad, reprimir una palabra altanera, condescender con un compañero, obedecer a un superior, hacer un servicio a quien lo pide, en fin, cumplir sencillamente, cada día, lo que se tenga que hacer. Antes de hacerlo, pensamos: ¡qué difícil! y después de haberlo hecho, decimos: ¡qué sencillo! ¿Recuerdas aquella vez que te enojaste tanto con nuestra prima Raquel? Dijiste: ¡No puedo perdonarla, es demasiado! Mamá te aconsejó que lo olvidaras todo y fueras a buscarla y después de obedecerla, volviste encantada de tu buena acción y me dijiste: No me costó gran cosa abrazarla; Raquel es más buena de lo que yo pensaba . . .

—Es verdad . . .

—¿No lo ves? Y ahora ¿no te parece que todo tu mal humor desaparecería si hicieras un gran ramo con estas violetas que tenemos a los pies y corrieras a buscar a papá, a mamá y a abuelita para hacerles olvidar los malos ratos de hoy con una lluvia de cariños y de flores?

## L

### ¿QUÉ DICEN LAS COSAS?

No sólo las personas hablan, en este grande y armonioso concierto de la vida. También hablan las cosas en un dulce lenguaje que no tiene palabras y que solamente es comprensible para los que saben leer con el corazón, en los profundos arcanos del silencio.

¿Qué dice la llama del hogar cuando crepita movediza y roja en el fondo de la estufa solariega? Dice: Yo soy el símbolo de la familia y del afecto. En mi torno se reúnen los padres y los hijos, los abuelos y los nietos de generación en generación. He visto convertirse en nieve, con el transcurso de los años, muchas cabezas que fueron en la juventud rubias como el trigal o negras como la endrina. He oído murmullos de plegarias, de risas y de cantos. Soy el alma luminosa y cálida del hogar familiar.

¿Qué dice el libro que reposa en el fondo de la biblioteca o yace olvidado sobre la mesa de trabajo? Dice: Yo soy el cerebro y el corazón de los hombres que supieron pensar y sentir para los demás. Soy un

cofre de ideas y un relicario de emociones. En mis páginas de papel inerte hay más vida y más acción que en muchos seres que actúan y que viven, y mis palabras sin sonido saben a veces penetrar más hondo que las que se pronuncian a voces por el mundo. Soy verdad, sentimiento, belleza o alegría. Soy un alma encerrada como un pájaro entre mis tapas de cuero o de cartón, hasta que alguien, abriéndolas, me permite volar con libertad hacia el espíritu de los hombres.

Y las flores, desde la policromía de los jardines, o desde la elegancia de los búcaros, dicen: 'Somos la frescura y la gracia de la Primavera, la primicia sonriente de la Naturaleza en sazón. Somos perfume, color y regocijo. Somos plegaria en los floreros del altar y recuerdo en la tumba de los que se fueron; donaire en el corpiño de una mujer o inspiración en la buhardilla de un poeta. Somos la gloria del paisaje y el premio de la gloria. Somos hermosura para los ojos y símbolo para el corazón.

Y el agua transparente y cándida, dice: Yo soy la que canto en los arroyos, lloro en la lluvia y en los lagos duermo; la que en los mares rujo y en los ríos arrullo. Yo soy la que reflejo en mi cristal luciente al sol por la mañana y por las noches a la luna; la que copio en mi espejo de frescura paisajes de montañas y de selvas al norte de la Patria, y al sur suaves bosquejos de sauces y juncales peinados por la brisa.

Y las arenas del camino, dicen: Somos el polvo



gris que todos pisan al marchar por la vida. Vamos pegadas a la sandalia del peregrino y al báculo del príncipe. Todos los que vienen y los que van dejan sobre nosotras la huella de su planta y nosotras, formando humildemente los senderos de la tierra, conducimos al hombre a sus destinos y le hacemos alfombra de blandura, a lo largo de su peregrinación de cada día y de cada hora . . .

Y las estrellas, desde lo alto de su patria azul, hablan también y dicen: Somos ojos de luz, ventanitas pequeñas por donde miran los ángeles a los niños, sus hermanos. Somos los focos de la noche con que el mundo se alumbra en la hora del silencio y de la paz. Somos reinos luminosos y quiméricos desde donde bajan dulcemente los sueños a poner un beso de claridad en la transparencia de las almas buenas . . .

## LI

### VISIONES DE AYER

En los últimos días de Agosto, cumple años la abuelita. ¡Cuántos onomásticos ha visto pasar ya por su vida, por esa vida larga y pura cuya raíz se pierde en un pasado romántico y distante!

Ese día es de gran fiesta en el hogar. La viejecita ocupa la cabecera de la mesa y cada uno, antes de ocupar su sitio, se acerca a dejar un beso sobre las canas blancas como vellón de espuma . . .

En el centro de la mesa hay un pastel sembrado de velitas multicolores que simbolizan los años que ha vivido la obsequiada. Esta vez son setenta y ocho las velitas indiscretas . . . pero ¿qué importa tener muchos años, si cada uno de ellos ha dejado tras de sí una estela de bien y ha servido para acercarnos más a Dios?

Y ese día, la abuelita es la que tiene la palabra. Todos le preguntan, la agasajan, la bromean y ella a todos responde con la sonrisa en los labios y frotándose satisfecha unas manos de marfil que en las sutiles

veladas del siglo XIX supieron correr ágilmente sobre el clavicordio o sobre el arpa.

¡Con qué dulzura soñadora recuerda entonces los tiempos que se fueron! Habla de las casonas de su infancia pavimentadas con grandes baldosas desiguales y alumbradas al atardecer por débiles mecheros.

Recuerda las costumbres señoriales de antaño, aquel respeto que era casi veneración, por los mayores; aquella piedad que reunía a patronos y sirvientes en el oratorio familiar para el rezo cotidiano del rosario; aquella simplicísima vida hogareña pasada entre el costurero y la cocina, en la que un sarao, una boda, una reunión, constituían un acontecimiento memorable.

Y se le iluminaban los ya gastados ojos al recordar aquellas mazurcas y lanceros de hace más de medio siglo, y al hablar de las mantillas y los peinetones de sus años floridos.

Al llegar la hora de los brindis, el mayor de los nietos, que frisa ya en los diez y ocho abriles, se para con la copa en alto y dice estas palabras:

—¡Abuelita . . . ! ¡Adorada reliquia del hogar, viejecita santa que eres dos veces madre nuestra! Tu presencia blanca y venerable es en nuestra vida como un faro de tradición y de pureza que nos hace ser buenos para ti. Danos tu bendición en este día grande y bello y la recibiremos con el alma puesta de rodillas, porque tú, por tus recuerdos, por tus anhelos y por tus años, ya más que de la tierra eres del cielo . . . !

## LII

### VIDA

Vivir a pleno espíritu; vivir sin cobardías,  
lanzados los ideales con las alas al viento.  
Marchar mirando al cielo, sin desfallecimiento,  
con alma valerosa, templada de hidalguías.

Y el corazón en alto, como en brindis divino,  
ebrio de amor por todo; los hombres y las cosas  
y floreciendo encima del mal, como las rosas  
que coronan de gloria los tallos del espino.

Buscar en las alturas nuestro invencible fuerte,  
crecer, agigantarnos de cumbres interiores,  
para mirar, desde ellas, pequeños los rencores  
y la traición y el odio y el dolor y la muerte.

Vivir, vivir a fondo; desentrañar del suelo  
la pureza infinita del manantial ignoto,  
que hay savia en todo fango para una flor de loto  
y hay luna en todo charco, cuando hay luna en el  
[cielo . . .

Vivir no es tener vida sino darla en belleza;  
brindarla a la cruzada de un ideal bendito;  
ofrecerla, en un gesto supremo de infinito,  
para todo heroísmo, para toda grandeza;

vivir intensamente, sin dudas ni recelos,  
la libertad excelsa de las almas serenas,  
rompiendo el servilismo de todas las cadenas,  
con las alas del alma tendidas a los cielos!

## LIII

### JUJUY

Jujuy es la pequeña y límpida ciudad de los paisajes de ensueño. Envuelta en silenciosa quietud vive tranquila en el extremo norte de la Patria, rodeada de risueñas serranías, de verdaderos vergeles naturales que la enjoyan con su belleza agreste.

En sus calles rectas, limpias, a las que se asoman las viejas casas provincianas, el turista camina sin prisa, hundiendo sus pensamientos en las suaves sugerencias del pasado, que surgen sin esfuerzo de cada patio y de cada reja.

Frente a la plaza principal, se levanta, no ya cortada en el antiguo molde del estilo colonial sino moderna y suntuosa, la Casa de Gobierno, que guarda, como reliquia preciosa de la historia patria, la bandera de Belgrano.

¡Cómo se conmueve el corazón argentino al contemplar, a través del cristal que la resguarda, ese sagrado símbolo que fuera acariciado por el heroísmo y la gloria!

Jujuy tiene también el atractivo de sus regiones veraniegas, como Tilcara, el admirable rincón de los grandes cerros erizados de cactus, y Humahuaca, el pueblo legendario sobre el cual no parecen haber pasado los siglos.

Sus poetas le cantan en el lenguaje dulcísimo de los nativos, y forman para ella poemas, henchidos del sabor de la tierra, que vibran en los labios provincianos y dejan en el corazón el encanto de las cosas más evocadoras y más íntimas.

## LLUVIA DE AZAHARES

Ha llegado la época suave y luminosa en que florecen los primeros azahares. Su delicado aroma nos penetra hasta el alma, cuando, empujados por la brisa, llueven lentamente de los naranjos en flor y forman en el suelo una blanca alfombra como de copos de nieve.

Ha llegado esa época primaveral y romántica, el incomparable Septiembre salteño arrullado por las sonoras campanas del Milagro. Hemos comenzado nuestro tradicional novenario a las sacras imágenes que hace siglos venera con piedad nuestra tierra y, mientras los azahares llueven cual nieve perfumada al pie de los naranjos floridos, van nuestras almas, blancas de juventud y de esperanza, a posarse a los pies del Señor y la Virgen del Milagro.

Y todo es primavera; primavera en la Naturaleza que empieza a despertarse, levantando por detrás de las tapias provincianas el saludo rosado de los durazneros en flor; primavera en el alma que se entreabre



recién ante la vida, ávida de dicha y colmada de ilusión; primavera en el fervor cristiano que ofrece cada día a nuestro Dueño celeste una nueva flor de piedad y de fe.

Si todo es primavera y abundancia y ventura y fervor ¿no han de recibir nuestros corazones una lluvia fecunda de espirituales gracias? ¡Oh, sí! Es el momento regocijado y bendito de recibir los tesoros de la gracia divina.

Pidamos a nuestro Cristo del Milagro y a su Madre piadosa que, así como llueven sobre la plaza los azahares blancos como copos de nieve, así lluevan también en nuestras almas, blancas y perfumadas las gracias del Señor . . .

## NUESTRO AMIGO EL ÁRBOL

¡Qué noble amigo del hombre eres tú, hijo lozano y fuerte de la selva, del monte o de la pampa!

Desde que vine al mundo me serviste, porque de ti salió la cuna blanca en que mi madre me arrullaba.

Mis primeros juguetes también tuvieron algo de tu noble corteza y el andador rodante de mis primeros pasos se fabricó también con tu madera mil veces generosa.

En la Escuela te encuentro a cada paso con diferente forma; en los bancos, en las lapiceras, las reglas, los lápices y los pizarrones, estás tú, añorando tu bosque nativo desde la nueva hechura que los artífices te dieron.

Yo pienso en ti cuando me reclino en mi lecho, o cuando, desvelado, contemplo los tirantes que sustentan la techumbre de mi casa; cuando me apoyo en el marco de una ventana para mirar el paisaje; cuando veo en invierno arder los leños en la chimenea o cuando bebo en verano el fresco jugo de tus frutas.

¡Cómo aprecio tu gallarda presencia cuando ando en busca de sombra por un camino fatigoso y cuando me ofreces un asiento rústico en las sinuosidades de tu tronco!

Y cuando estoy enfermo, con cuánto consuelo acerco a mis labios la tisana olorosa que me ofrece mi madre, en la que tus hojas curativas han dejado la frescura de su aroma silvestre.

Por ti tienen belleza los paisajes camperos y elegancia las largas avenidas urbanas; tú decoras los horizontes con un plumero de verdor si eres palmera, con un ramo de nieve si eres manzano, con una lánguida cortina si eres sauce a la vera del arroyo, con una enhiesta rigidez de ramas si eres pino crecido entre los hielos.

Noble amigo; cuando me llegue la hora de partir para siempre, me marcharé sobre ti y tú formarás sobre mi tumba la cruz de los eternos consuelos.

Y a otros que vengan después de mí, irás de nuevo a recibirlos en una cuna blanca y volverás para ellos a dar frutos y flor y a ser una vez más la sombra y el refugio, la prosperidad, la salud, el sostén y la belleza . . .

## LVI

### LA HISTORIA DE UN JARDÍN

Mis queridos niños: Como estamos en primavera y en esa época se os va el pensamiento en pos de las flores, las mariposas y los jardines, quiero contaros mi historia, que es la historia breve y dulce de casi todas las cosas bellas.

Yo fuí un pedacito de tierra seca y gris. El sol me saludaba cada mañana, pero la lluvia poco se acordaba de mí. Sin embargo, en las estaciones de la abundancia, solían brotar de mi seno algunos pastos silvestres y una que otra planta con más espinas que flores. De vez en cuando, los chicos del lugar venían a corretear sobre mí, pisando mis hierbas escasas, y arrojándome basuras y desperdicios.

En Invierno, toda mi pobre vegetación moría y yo tenía que recibir el crudo cierzo sin que nada me guardara. ¡Con qué consuelo veía salir el sol después de una noche de helada!

Una mañana, al despertar, noté con jubilosa sorpresa que, a pocos metros de distancia, alguien había

dejado un montón de arena, ladrillos e instrumentos de trabajo. Iban a levantar una casa y ya no estaría tan solo y desamparado.

Algunos meses después, la nueva casa alzaba con donaire su blanca fachada, decorada de ventanas verde claro, detrás de cuyos cristales desplegaban sus alas transparentes las muselinas de los visillos. En torno a mí habían colocado una bonita verja de madera pintada de blanco y rojo.

Una mañana, que no olvidaré nunca, el dueño de la casa bajó con su hijo y ambos se pararon en uno de mis ángulos, llevando en las manos un pico y una azada.

El padre, entonces, descargó sobre mí un golpe certero que destrozó mi dura capa gris y el hijo siguió su ejemplo en el otro extremo.

Toda la mañana me golpearon, lastimándome en tal forma, que mi tierra, antes recia, se había vuelto blanda y negruzca. Pero yo no sentía dolor. Comprendía que trataban de cultivarme y que buscaban mi bien.

Después de removerme varios días, una tarde llegaron con una carretilla cargada de ladrillos rojos y empezaron a enterrarlos en mí hasta la mitad, formando canteros. Unas señoras que pasaron por la verja, dijeron:

—¡Miren qué bonito jardín van a hacer los nuevos vecinos!

Esa noche me dormí contentísimo y al día siguiente esperé con ansiedad a mis cuidadores.

Llegaron pronto, porque se levantaban con el alba y empezaron a hundir en mi tierra variedad de raíces y gajos. Después se enderezaron sudorosos y me contemplaron.

Entonces sentí la sensación más dulce que hasta allí había conocido: el hijo trajo una larga goma cilíndrica y, levantándola sobre mí, hizo caer sobre mis glebas removidas una lluvia vivificante y fresca, que penetró por mis abiertos poros e hinchó mis granos vigorizándolos.

Desde aquel día ya no tuve sed. Todos los días me regaban con abundancia, y después el buen sol me entibiaba de nuevo y me fecundizaba con sus rayos.

Pronto me cubrí de flores. Hoy se balancean sobre mí las rosas, y las violetas se recuestan al pie de mis senderos rojos. Las margaritas forman hileras de blancura grácil y las glicinas extienden sobre la verja su manto lila confundidas con las madreselvas de exquisito perfume.

Yo, pobre retazo de tierra que nadie amaba, soy ahora la alegría de la casa; el aroma, la gracia, el color.

¡Dios bendiga las manos laboriosas que supieron trocar el triste erial en este rincón de belleza, que brinda a todos los que pasan a su vera el regocijo puro y delicado de sus plantas en flor!

## LVII

### CÓRDOBA

Córdoba, la bella ciudad serrana de los viejos conventos, de las aulas ilustres y de las cumbres floridas, es un amable rincón de la República.

El ambiente saludable de sus famosas sierras ha devuelto la salud y la vida a muchos seres que llegaron a ella con las mejillas pálidas y los ojos apagados y que bebieron en el aire de sus montañas un nuevo soplo de vida.

Los turistas que aman el automovilismo, pueden deleitarse en sus hermosas carreteras y los artistas que buscan paisajes para sus lienzos, los hallan primorosos en La Falda, Alta Gracia o Cosquín.

La ciudad cordobesa es progresista, amplia, rica y elegante. Sus parques y paseos, delineados con gracia, atraen al caminante despreocupado y lo invitan a reposar a la sombra de sus largas avenidas.

Sus iglesias le ponen un sello de misticismo provinciano que le es tradicional, elevando sobre el horizonte lleno de montañas sus campanarios rígidos.

Y sus barrancas y su río sobre el que se alzan puentes propicios al ensueño y, sobre todo, la dulce sugestión de su serranía, se quedan fácilmente grabados en el recuerdo, como una estampa llena de color, de armonía y de vida.



## LVIII

### UN PREMIO BIEN MERECIDO

Las autoridades escolares han establecido un concurso de lectura entre los niños de todas las Escuelas y, el de quinto grado, ha correspondido a Marta, que continúa siendo la primera de la clase.

Todos sus compañeros la han felicitado con sincera alegría porque Marta es una niña sencilla y bondadosa que se atrae la simpatía de cuantos la conocen.

Esta mañana han repartido los premios en el teatro. La concurrencia era numerosísima y desbordaba de entusiasmo. En el proscenio, ante una mesa, estaban las autoridades y, formando semicírculo a ambos lados, los niños premiados, vestidos de blanco.

El primero en recibir la medalla, fué el que obtuvo el premio de sexto grado; un niño bajito y moreno, de mirada inteligente y apariencia modesta.

La segunda fué Marta, que se acercó a la mesa con una actitud a la vez graciosa y modesta. Sus compañeros, desde la platea, la aplaudieron con entusiasmo y los padres que, desde un palco próximo presencia-

ban la fiesta, tenían los ojos velados por la emoción.

Los demás niños premiados siguieron desfilando en orden. La de tercer grado era una rubia lindísima, la más pequeña de las premiadas, que conquistó en seguida la simpatía de los concurrentes.

Luego, siguieron algunos números de música, intercalados con una lectura a cargo de cada uno de los vencedores. Éstos volvieron a lucirse, porque la emoción del triunfo y del momento, daba a su expresión más calor y más vida.

Susana tuvo también gran éxito tocando con corrección y sentimiento una pieza de piano, número con el cual quedó clausurada la significativa y memorable fiesta.

Al salir del teatro, Marta corrió a los brazos de sus padres, quienes la estrecharon llenos de satisfacción. La maestra se acercó a la madre y le dijo:

—La felicito, señora. Marta es mi mejor alumna.

—Gracias, señorita —contestó la madre—; pero esto se debe tanto a usted como a mí. En la formación de una niña están unidas la maestra y la madre, ¿no es verdad?

La maestra sonrió sin contestar, pero volvió a su casa contenta. ¡Era tan dulce una palabra de estímulo en su vida de fatigas y de luchas!

## LIX

### LAS FIESTAS DEL MILAGRO (1)

En Junio del año 1592, llegaron en forma prodigiosa al puerto del Callao dos cajones flotando sobre el mar; y guiados por un poder sobrehumano, encallaron por sí mismos en el desembarcadero.

Extraídas las misteriosas encomiendas, se vió que una estaba destinada a la iglesia de Santo Domingo, de Córdoba, y otra a la Catedral de Salta.

Habiendo examinado las autoridades el contenido de los cajones, encontraron que la destinada a Córdoba era la Virgen del Rosario y la destinada a Salta una hermosa imagen de Cristo crucificado, ambas enviadas por el Obispo Victoria y que, sin duda, habían naufragado en la travesía.

Encendido el fervor de aquellas gentes por la forma milagrosa en que habían llegado las sagradas imágenes, las transportaron en procesión a Lima, enviándolas luego en igual forma a sus respectivos destinos.

---

(1) Los datos históricos, según Bernardo Frías.

Pero al llegar a Salta el santo Crucifijo que a esta ciudad correspondía, lejos de ser recibido con la piedad con que lo fuera en el Perú, fué colocado con indiferencia en un rincón de la sacristía de la Catedral, y olvidado durante cien años por una población que había pospuesto las cosas del cielo a los intereses de la tierra.

Y pasó un siglo.

Así llegó el 13 de Septiembre de 1692, día de pánico para los indevotos habitantes de Salta.

La tierra empezó a estremecerse en violentos terremotos y aterrada la población salió a la plaza para librarse de la muerte.

Esta espantosa situación duró tres días. Ya la vecina ciudad de Esteco, víctima de iguales sacudimientos, yacía en ruinas.

El día 15 de Septiembre, continuaban aún furiosamente los temblores. Durante los intervalos de calma, un padre jesuíta entraba en la Catedral para ver si no había ocurrido algún destrozo y, en una de estas entradas, vió al pie del Sagrario una imagen de la Inmaculada Concepción, Virgen que pertenecía a la familia de Alarcón y que, habiendo sido llevada por sus dueños a la Catedral para festejarla el 8 de Septiembre, día del nacimiento de María, había permanecido allí los días subsiguientes.

Encontrando el piadoso jesuíta que el lugar en que se hallaba la Virgen era de poco respeto, pues la sa-

grada imagen estaba en el suelo, la tomó cuidadosamente y la llevó a su altar.

Después de un nuevo sacudimiento, el sacerdote entró de nuevo y ¡cuál no sería su asombro, al encontrar a la Santísima Virgen en el mismo lugar de donde acababa de quitarla! Esta vez, su corona de Reina estaba a sus pies y, observando su rostro, vió que cambiaba de colores, pasando alternativamente de la palidez al rubor.

Absorto en la contemplación de este prodigio, oyó las siguientes palabras:

—“No cesarán los terremotos, hasta que no saquéis por las calles ese Cristo que tenéis allí olvidado.”

Acudió entonces el sacerdote a la plaza, donde la población atemorizada se había reunido y relató el prodigio de que era testigo; y llenos de nueva fe y alentados por la esperanza, los hijos de Salta se lanzaron a la sacristía y sacaron en triunfo la imagen de Cristo Redentor.

Los terremotos cesaron al instante y las almas de los salteños, rebosantes de gozo y gratitud, quedaron conquistadas para siempre por el que se llamó desde entonces el “Señor del Milagro” y por la piadosísima Virgencita del Sagrario que recibió el título de “Virgen del Milagro”.

Han pasado ya más de dos siglos, pero Salta no olvida ni olvidará jamás a sus divinos protectores. Las fiestas del Milagro, que se celebran cada año en los

días de los memorables terremotos, traen a los pies de las imágenes benditas a millares de seres que, de rodillas ante el Rey y la Reina de los Cielos, renuevan con sus plegarias y sus votos el testimonio vivo de su gratitud, de su amor y de su fe.

LX

EL SEÑOR DEL MILAGRO  
RESTAÑARÁ TU HERIDA...

Peregrino . . .

Si ha sido muy amargo, muy árido el camino;  
si te ha dado la vida

tan sólo los abrojos; si tienes una herida  
que sangra todavía; si la áspera jornada  
te robó todo siempre, sin ofrecerte nada;  
si resultaron vanos

tus dorados ensueños; si no encontraste hermanos;  
si al pasar a tu lado la dulce Primavera,  
no te miró siquiera . . .

si sientes ya en el alma cansancio de las cosas,  
de sufrir las espinas sin alcanzar las rosas,  
si buscas un oasis de amor en tu sendero,  
quédate aquí viajero . . .

No sigas tu camino, no vayas adelante;  
fíjate en esa imagen de Cristo agonizante:  
mira esos mansos ojos, mira esos labios yertos  
que, pidiendo ternura, siempre están entreabiertos . . .

Mira: esa Carne santa sabe también de espinas  
y saben de dolores esas llagas divinas.  
No te vayas, viajero cansado de la vida,  
que el Señor del Milagro restañará tu herida.  
. . . Si ha sido muy amargo, muy árido el camino,  
quédate, peregrino . . .



## LXI

### CÓMO SE FORMAN LAS ALMAS

Ya se acerca el mes de Octubre, el último, puede decirse, de clases regulares, pues los días del mes de Noviembre se destinan al repaso, a los exámenes parciales y a los temidos exámenes de fin de curso.

La maestra ha pasado frente a sus niños siete meses de labor, durante los cuales se ha acercado a sus almas como una madre y ha aprendido a comprenderlos y amarlos un poco más cada día.

Ellos también la conocen y la quieren y sus espíritus se han ido matizando y modulando de acuerdo a su enseñanza, a sus consejos, a sus ejemplos sobre todo.

Es verdad. Todos los alumnos han adquirido algo que a principio de año no tenían; no sólo en la instrucción, como es lógico suponer, sino en el alma, en la modalidad íntima y personal de cada uno.

Jaime, por ejemplo, el niño díscolo y dominador, ¡está tan cambiado! Parece otro por su respeto con los superiores y su complacencia con los compañeros. Es claro que alguna vez se le escapa un resabio de su

carácter natural, pero ahora, una mirada de la maestra basta para detenerlo.

Susana hace tiempo que no destroza ni mancha como al principio. Se le ha grabado aquello de que se debía ser "como las estrellas y como las flores", que no dejan más que huellas de belleza por doquiera.

Y Lucía se parece cada vez más a Marta en la inteligencia y la bondad. Su mamá y la maestra han emprendido la tarea, y lo consiguen, de hacer de ella una niña encantadora.

Lillian es menos tímida que al principio. Tiene varias amiguitas en la Escuela y ha perdido la excesiva cortedad de los primeros días.

María y Marta son siempre las mejores; Marta por la aplicación; María por la prolijidad y el orden y ambas por su excelente corazón. Pero también ellas adelantán, porque siempre se puede ser mejor que ayer. El camino del bien sólo tiene fin en el cielo . . .

—Queridos niños: —ha dicho la señorita una mañana—. Dentro de un mes y poco más, nos separaremos. ¡Cómo ha volado el tiempo! Como estos últimos meses el trabajo será más intenso, tal vez no tenga tiempo de dirigirme a vosotros con calma, como ahora. Por eso, quiero daros un consejo que cabe íntegro dentro de esta palabra: "Cultivarse".

Cultivar una cosa, es obtener de ella lo mejor que puede producir. Nunca la acción de cultivar queda perdida. Si cultivamos una planta, nos da sus flores y

sus frutos; si cultivamos un estudio, en seguida notamos nuestro adelanto; si cultivamos una amistad, la hacemos cada vez más estrecha y sincera; si cultivamos una buena costumbre, pronto la vemos convertida en hábito. Así es en todo. Procuremos, pues, cultivarnos a nosotros mismos, obligándonos a ser lo mejor que podemos en todo.

Cultivemos la salud con una vida higiénica, la inteligencia con el estudio metódico, pero, sobre todo, lo que tenemos de inmortal, de infinito: ¡cultivemos el alma!

Así como se cuida una plantita que estimamos, y mejor todavía, cuidad y cultivad vuestros corazones, mis queridos niños. Míos, sólo fueron un año fugaz y pronto pasarán al cuidado de otras manos; pero vuestros son siempre. Ahí los tenéis latiendo en vuestros pechos como el mejor tesoro que nos ha dado Dios. Cuidad ese tesoro inapreciable dirigiéndolo hacia el bien y la verdad: ahora sois niños, pero más tarde, comprenderéis qué fácil, qué límpida es la vida para los que tienen el alma recta y el corazón sin mancha.

## LXII

### ¡CON FLORES A MARÍA...!

¡Octubre ya! ¡Plena primavera! Jardines que son inmensos ramos de rosas, blancas, rosadas, amarillas y rojas!

¡Qué bellas son las rosas y qué dulce es Octubre que las hace brotar en los vergeles, en los parques, en los tiestos, en los cercos, sobre las tapias y hasta en el fondo de las almas!

Todo, ahora, tiene aroma de rosales y color de arrebol. Se acabaron las tardes de bruma y las noches de helada, los trajes oscuros y las caras pálidas de frío. Han vuelto para los vestidos los volados blancos y para los rostros las mejillas de rosa; la tibieza perfumada para las tardes y para las noches la brisa ligera que hace navegar las nubes en el cielo cuajado de estrellas.

¡Octubre! Es también el mes en que nuestra tradicional piedad provinciana honra a la Virgen María.

En todas las capillas y los templos su dulce y purísima imagen se eleva sobre tronos de luces y de flo-

res. Parece que para Ella brotaran los jardines con su exuberancia de rosales. ¡Toda la tierra te bendice y te canta, Reina del Cielo!

Y en el concierto de los que te bendicen y te cantan ¿no es verdad que prefieres a los niños?

Ellos, con la inocencia de sus almas, son más lirios que los lirios del altar; con la frescura de sus corazones nuevos, son más flores que las que se cortan para Ti de los huertos ubérrimos de Octubre.

Niños: ¡Vamos a María! No importa que no tengáis flores para llevarle entre los brazos; ¡llevadlas en el alma!; llevadlas con amor y con fe, que podréis decir con la misma verdad que si tuvierais las manos cargadas de rosas:

“¡Venid y vamos todos  
con flores a María!”

## LXIII

### EL QUE SIEMBRA, RECOGE

El año se va . . .

Los niños de la Escuela ya empiezan a vislumbrar las vacaciones próximas. Los que, por sus buenas notas, están eximidos de exámenes, se irán al campo en cuanto cierren las clases y comenzarán a gozar plenamente la justa recompensa de sus trabajos.

En cambio, los rezagados, que no cumplieron con sus deberes durante el año, tienen que demorar la partida; estudiar en pocos días todo lo que no estudiaron a su tiempo y pasar el susto de los exámenes. Si en esta prueba decisiva no salen airosos, ¡adiós vacaciones! Tienen que pasarlas repasando y haciéndose preparar para el examen de aplazados.

Y los peores, los reprobados, esos ya no tienen remedio. Deben repetir el grado. Todo este año de trabajo les ha sido inútil. Y al año siguiente, a empezar de nuevo, con compañeros más chicos y viendo a sus antiguos condiscípulos en el grado superior, con libros más interesantes y estudios más adelantados.

El que siembra, recoge. En la vida es así.

Si trabajamos, si cumplimos con constancia nuestros deberes, si sembramos el bien, no tardaremos en recoger los frutos y si, alguna vez, éstos no son los que esperábamos, nos queda la satisfacción de la conciencia y de haber hecho felices a los que nos aman.

La vida es algo muy grande y muy complejo; sin embargo, hasta un niño puede influir sobre ella y labrar con sus obras su felicidad o su desgracia. Así como el que planta un cardo recoge espinas y el que planta un rosal cosecha flores, así recogemos el fruto de nuestras propias acciones, y nos preparamos con ellas un porvenir cargado de amarguras o colmado de paz y de nobles satisfacciones.

## LXIV

### TEMORES, ESPERANZAS Y ALEGRÍAS

Han llegado los exámenes. Unos doce o quince niños están sentados, esperando su turno, mientras las tres maestras examinadoras interrogan una a una, o escuchan al primero de la lista que está frente a la mesa.

Algunos rayos del sol esplendoroso de Noviembre penetran en el aula, que ya no tiene el aire familiar de otros días, como tampoco los niños que aguardan tienen la cara retozona y traviesa con que los conocimos en veces anteriores. Están serios y pensativos.

Y van pasando las horas. El temor, la esperanza, la alegría, van sucediéndose o alternándose en todas las miradas. Temor de ser preguntados sobre lo que no saben; esperanza de resultar airoso; alegría de haber salido bien. También hay algunos que vuelven desencantados después de un mal examen. Hay niñas que lloran.

Es triste ver la aflicción de los niños reprobados y las maestras ponen con verdadero dolor la clasifica-



ción definitiva en la planilla; pero no hay más remedio.

Por fortuna, son pocos los que tienen que lamentarse. Susana ha quedado aplazada en Geografía y le ha costado algunas lágrimas, pero un buen examen de Aritmética le ha servido de consuelo.

Lucía está encantada. Sólo le faltaba promedio de eximición en Gramática y acaba de sacar nueve. Ahora ya ha pasado a sexto grado como Marta que, por supuesto, estaba eximida de todo.

Jaime ha pasado un buen susto en Química; por poco lo aplazan. Afortunadamente al último se serenó y contestó con acierto. Lo suficiente para obtener el "cuatro" salvador.

Las autoridades del Consejo han visitado la Escuela y han visto con agrado la exposición de trabajos prácticos y labores. La costura de María llamó la atención del señor Presidente, lo mismo que las bonitas composiciones de Marta. Ambas niñas han sido felicitadas.

La campana de salida anuncia que los exámenes han terminado. Por última vez en el año los niños se forman en las largas galerías. Ahora sólo volverán a recoger sus útiles y dar un postrer adiós a la Escuela. Bajo el sol esplendoroso de Noviembre va pasando la fila recta y blanca de tantos niños que durante un año fueron hermanos en el seno de un mismo y grande hogar, y que se alejan dichosos hacia el descanso, pero quizás con un poco de nostalgia en el corazón . . .

## LXV

### EL ÚLTIMO DÍA

Los niños han vuelto para llevar sus cuadernos y sus trabajos; pero ya no se nota aquella impecable disciplina de los días de clase. La Escuela tiene hoy una fisonomía distinta.

Los delantales blancos también han desaparecido. Ahora se ven vestidos de todos los colores y en las cabezas rubias o morenas de las niñas, moños como mariposas que se agitan al viento.

Las maestras van y vienen. También ellas llevan trajes más vistosos que otros días y parecen contentas de poder descansar unos meses después de sus fatigas.

En el salón de canto hay una larga mesa cubierta por un mantel blanquísimo y llena de bombones, sandwiches, helados y dulces. Una de las maestras ha tomado una bandeja y ha puesto en ella a profusión masitas y caramelos para ofrecerlos a los pequeños.

En el patio la han rodeado los niños y la bandeja ha quedado vacía en un santiamén. Pronto el patio

ha quedado también vacío y sólo en el salón continúan su merienda la Directora y las maestras.

—Mis buenas colaboradoras —dice la Directora—: Hemos trabajado juntas un año más y estoy satisfecha de todas vosotras. Gozad del descanso que tenéis merecido, hasta que la hora de comenzar vuelva a reunirnos bajo este techo que ya es para nosotros familiar.

Vosotras sois jóvenes; pero yo que llevo veinte años en esta Escuela, puedo deciros a conciencia que habéis elegido un camino muy hermoso y muy noble. El perpetuo contacto con la infancia parece que nos refrescara el alma cada día; vivimos consagradas a lo que es más puro, más alegre, más risueño en el mundo: los niños.

Las madres no tienen más que a sus hijos; nosotras somos madres de todos; ellas ven a los suyos crecer y convertirse en hombres; los nuestros son siempre niños. Podrá el mundo extraviarse, envilecerse, caer, pero hay algo que no puede corromperse y es la infancia. ¡Y somos nosotras, las maestras, las que tenemos por herencia única y bendita este tesoro de angelical blancura, como un inmenso ramo de lirios entre los brazos!

## LXVI

### COMO LAS GOLONDRINAS . . .

Escuela . . . hoy estás sola y triste como un alar vacío donde anidaran antes las golondrinas.

¿Dónde se fué el bullicio que llenaba tus largas galerías? ¿Qué se han hecho las risas, las canciones, las voces infantiles que te llenaron?

Como las golondrinas, se han marchado tus niños, unos hacia la sierra, otros hacia los bosques, otros hacia el mar . . .

Sólo que estas golondrinas se van, cuando las otras vienen, y volverán cuando las otras se vayan.

Volverán, sí, vieja Escuela silenciosa, tus niños y los verás de nuevo reír, correr, caer y levantarse con un poco de llanto en los ojos y de polvo en las manos; y jugar los mil juegos que ellos saben, a la sombra de tus viejos árboles y de tus viejos muros.

Hoy estás sola. En vano florecen tus madre selvas, porque nadie las ve y en vano vendrá el sol de Diciembre a decorar tu patio, porque estará vacío . . .

Cuando llegue la Navidad regocijada y dulce, na-

die cantará villancicos desde tus recintos desiertos, y la Noche de Reyes no habrá un pequeñuelo que ponga su zapatito codicioso en tu ventana.

Pero cuando vuelva a soplar la brisa azul de Marzo, los niños volverán a ti y te llenarán de su loca e inocente alegría.

Escuela . . . hoy estás sólo y triste como un alar donde anidaran antes las golondrinas.

Pero así como vuelven las golondrinas a sus nidos, así volverán a ti los niños que hoy se fueron a las sierras, a los bosques o al mar . . .

## LXVII

### LA ESCUELA VACÍA

Con el mismo donaire de una niña mimada  
que retoca el arreglo severo de la abuela,  
ha empolvado la luna con una pincelada,  
la faz envejecida y austera de la Escuela.

Detrás de las ventanas del aula abandonada  
que tiene la inmutable quietud de un centinela,  
la oscuridad acecha, como una gran mirada.  
La Escuela es, en las sombras, una madre que vela . . .

Espera en el silencio la vuelta de los niños,  
y, mientras la nostalgia la invade lentamente  
al añorar sus risas, sus juegos, sus faenas,

sigue la luna ingenua prodigándole aliños  
y envolviendo al acaso su figura doliente  
como en una impalpable llovizna de azucenas . . .

